LOS AMORES DE

EOS



[redacted]

GREDOS

LOS AMORES DE

EOS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori
Fotografías: archivo RBA; Album
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9098-4
Depósito legal: B 22225-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ya llega por encima del océano, separándose de su anciano marido, la rubia diosa que trae el día en su carro cubierto de escarcha. ¿Adónde vas tan deprisa, Aurora?

Amores, Ovidio

Dramatis personae

Los eternos

Eos – titánide de la aurora, célebre por sus numerosos amantes.
Helios – titán que conduce el carro del sol, hermano de Eos.
Astreo – titán de las estrellas y planetas, primer amante de Eos.
Ares – dios de la crueldad en la guerra, amante de Afrodita.
Afrodita – diosa del amor y la belleza física, casada con Hefesto.
Hefesto – dios herrero, artesano de los dioses, casado con Afrodita.
Ártemis – diosa virgen de la caza, señora de los animales.
Zeus – rey del Olimpo y señor del universo, el más poderoso de los dioses.
Poseidón – el señor de los mares, colérico hermano de Zeus y padre de Orión.

Los mortales

Orión – cazador beocio, hijo de Poseidón.
Titono – príncipe troyano, hermano de Príamo.
Memnón – rey de Etiopía, primogénito de Eos y Titono.
Ematión – rey de Arabia, hijo de Eos y Titono.
Clito – originario de Argos, hijo de Mantio y nieto de Melampo.
Cedalión – sirviente de la fragua de Hefesto y guía de Orión.
Enopión – rey de Quíos, hijo de Dioniso y Ariadna.
Mérope – hija de Enopión, princesa de Quíos.
Opis – doncella de Ártemis, originaria de Hiperbórea.
Aquiles – invulnerable líder del ejército aqueo en la guerra de Troya.

1

La maldición de Afrodita

La noche era plácida en la Hélade. La pálida luz de la luna iluminaba bosques y montañas, mares y ríos, palacios y ciudades. Nada hacía prever que la noche no fuera a durar para siempre; que la oscuridad y el tenue resplandor de Selene no fueran eternos; que la luz, que iluminaba hacía tan poco el mundo de los hombres, no hubiera sido prohibida por los dioses y consistiera ya tan solo en un recuerdo, que el mundo no fuera ya para siempre tinieblas.

Y sin embargo, de repente, como por un acuerdo oculto y tácito entre animales, vientos y hombres, todos los sonidos de la noche se desvanecieron: dejaron de aullar los lobos, se apagó el canto de las lechuzas, cesaron los vientos de agitar las ramas de los árboles. Todo era silencio y espera. Porque el mundo sabía que llegaba ella, la de rosados dedos y áureos cabellos. Ella, la heraldo, la luz que precede a la luz, la de túnica azafrán y etéreos velos. Llegaba Eos, la aurora.

Primero tan solo el albor, el débil resplandor que se agazapaba tras las regias montañas. Poco después, Lampo y Faetonte, los albóreos potros que impulsaban el carro dorado. Y sobre él, erguida y diáfana, la titánide. Eos, la de rosados dedos, hija de Hiperión y Tea, hermana de Helios y Selene; la portadora de las primeras luces. Los corceles se enarbolaron y relincharon durante un instante al traspasar el monte Liceo, mostrándose con orgullo y fiereza. No en vano se desplegaba a su alrededor el amanecer del mundo: rosados y malvas, perseguidos por iridiscentes bermejos y caprichosos ocres; fuegos sutiles y después fieros; luces que se mostraban resplandecientes e instantes después se ocultaban tímidas. No había mayor espectáculo que el que acompañaba a Eos, la titánide de la aurora.

Eos miraba al frente, hierática e indiferente a la belleza de la que era dadora. Tras ella venía el carro de su hermano Helios, el que lo ve todo, con sus ígneos corceles, pero la diosa no desviaba la mirada. Su posado adusto y su gélida expresión contrastaban con el azafrán de su túnica y su piel rosada. Eos lloraba.

Su llanto era quedo y sereno. Solo la máscara de tristeza en la que se había tornado su faz nos conducía a las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Lágrimas que agotaban el trayecto de su rostro y caían de su cuerpo al carro y del carro al cielo, que las multiplicaba antes de que cayeran sobre el mundo. Las lágrimas de la aurora que humedecían plantas y caminos, que levemente tocaban el alba del mundo con gotas que se adherían a la esencia de la mañana.

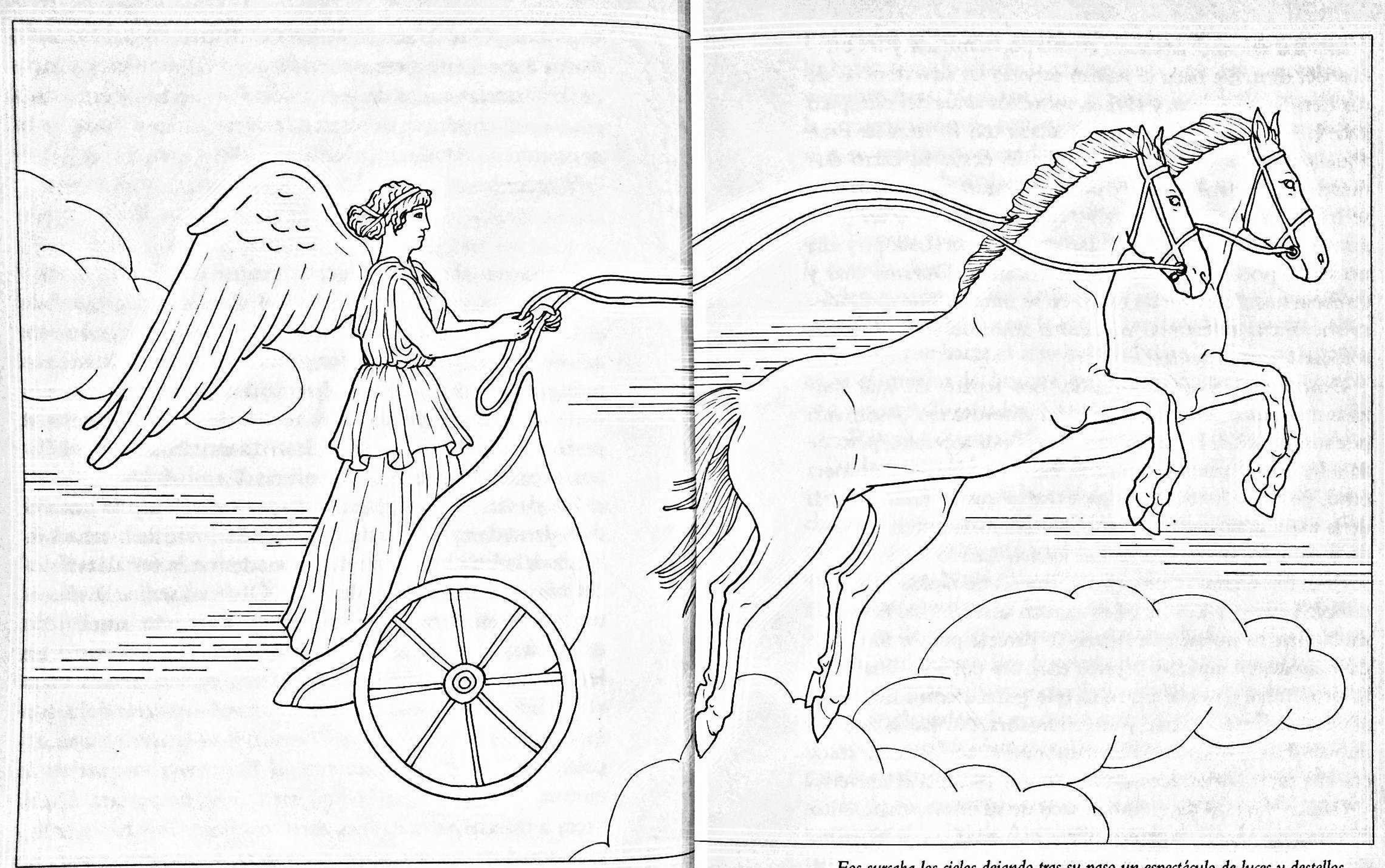
¿Por qué lloraba la titánide cada amanecer? ¿Qué tragedias no habían quedado marcadas en su rostro eternamente joven? ¿Qué muertes, amores o despechos habían dado forma a ese llanto siempre renovado? Era inútil preguntarse cuáles eran las cuitas de la titánide. Porque Eos, como cada amanecer, conducía su resplandeciente carro y cumplía su cometido de conducir la luz a mortales y eternos.

Y recordaba.

◇◇◇

Eos observó abstraída el yelmo empenachado, la coraza y la lanza que yacían en medio del claro. Habían quedado abandonados allí, a pocos metros, en el fragor del combate amoroso, apenas iniciados los primeros lances. La luna llena refulgía en ellos como si su hermana Selene quisiera recordarle el peso de sus acciones recientes. No era necesario; junto a Eos descansaba el legítimo dueño de los arreos bélicos, el bravo Ares, dios de la guerra.

Eos deslizó suavemente la mirada desde las armas hasta el dios desnudo que dormía junto a ella sobre la hierba húmeda del claro. No podía dejar de admirar la fortaleza física del hijo más beligerante de Zeus. Observó serena sus fuertes brazos, su fornido pecho, su cabello negro ensortijado que caía salvaje sobre su rostro. Incluso dormido, tenía un leve aire de amenaza, como si su respiración pesada fuera un rugido aún en ciernes. Eos continuó observándolo con inconsciente arrobamiento. Con suavidad se tumbó a su espalda, pasándole delicadamente el brazo por encima de la cintura hasta el pecho. No quería que se despertara. Quizá fuera a marcharse nada más abrir los ojos y Eos había anhelado aquel momento desde hacía demasiado tiempo para no alargarlo hasta más allá de lo razonable.



Eos surcaba los cielos dejando tras su paso un espectáculo de luces y destellos.

Llevaba semanas ansiando el cuerpo, la mirada y las caricias del dios. De nada le habían servido las advertencias de sus hermanos, Selene y Helios, sobre los actos del olímpico y la violencia larvada que se ocultaba tras su mirada. Eran aquellos ojos los que había observado desde su carro durante muchos amaneceres y de aquella mirada era de la que se había enamorado. El dios se ejercitaba en las artes de la guerra al amanecer todos los días en el monte Ródope y ella no había podido sustraerse a sus encantos. Durante días y semanas había crecido un fuego en su interior que ni siquiera ahora, tras el triunfal encuentro amoroso, había logrado sofocarse enteramente.

Observando al dios dormido, Eos reparó en que quizá nunca había sentido una pasión amorosa tan descarnada por un inmortal. Había estado Astreo, por supuesto, pero de aquello hacía mucho. Recordó nostálgica aquella primera edad, cuando dioses y titanes existían como fuerzas puras de la naturaleza, en los albores del mundo. Eos se había unido a Astreo y de aquella unión habían nacido los impetuosos vientos: Céfiro el despejador, Bóreas de rápida marcha y también Noto y Eósforo. Eos esbozó una sonrisa. En aquel momento, su unión con Astreo le parecía pura e inocente. La titánide, en aquellos lejanos días, era tan solo una fuerza primordial, joven e ingenua, que gozaba con fruición de aquella unión constante y engendradora. No había culpa o responsabilidad. No había matrimonios ni adulterio. El amor era una fuerza de atracción esencial que esculpía el universo.

Una leve ráfaga de viento la sacó de su ensimismamiento. El claro, que hacía instantes olía a humedad y noche, había súbitamente tornado su aroma a una fuerte fragancia floral.

Eos creyó saber qué estaba sucediendo. Y lo sabía porque lo había temido desde la primera vez que osó acercarse al vigoroso Ares. Miró hacia las copas de los árboles buscando la confirmación de sus sospechas. En efecto, algunas palomas se estaban acercando al claro, todas ellas cargadas con ramas y helechos dispuestas a formar sus nidos. En poco tiempo pudo atisbar decenas de ellas. No era la primera vez que lo veía; esos hechos siempre delataban la presencia de la risueña diosa.

Silenciosamente, sin despertar al amante, Eos se levantó y cubrió su desnudez con la túnica azafranada. Con paso altivo y lento fue hacia el otro lado del claro. Dirigió su mirada hacia el interior del bosque, que ni siquiera Selene alcanzaba con sus azulados dardos, y susurró:

—Revela tu figura, Afrodita. Tus gentiles dones te delatan.

De la oscuridad emergió la diosa. No era la primera vez que Eos observaba a la hija de Zeus, a la diosa que encarnaba el amor mismo, pero nadie, ni siquiera una titánide como ella, podía restar indiferente ante la suprema belleza de la nacida de la espuma. Nada más entrar en el claro, la luz de la luna acarició su nívea piel y nimbó su larguísima y rizada melena. Su rostro de dulces contornos enmarcaba la placidez de su mirada azul celeste. Eos no pudo evitar sentir una súbita angustia; por más bella que ella fuera, jamás podría compararse con la arrebatadora hermosura que encarnaba Afrodita. Pero se recompuso rápidamente. Iba a necesitar toda su entereza para la conversación que auguraba. Eos había sabido, desde el inicio de sus escarceos con el dios de la guerra, que este frecuentaba el lecho de Afrodita y que la diosa, aunque casada con Hefesto, consideraba a Ares como suyo.

—¿Acaso te ocultabas, eterna Afrodita? —Eos endulzó su voz aun sin enmascarar el dardo que contenían sus palabras.

Los ojos de Afrodita se clavaron en los suyos. Durante un instante la calidez de su mirada desapareció y la belleza de su rostro se tornó gélida y cruel.

—Aquí no. —Afrodita indicó con la mirada al dios guerrero que dormía indiferente al encuentro—. Sígueme.

◊◊◊

Afrodita empezó a caminar atravesando el bosque seguida de una obediente Eos. La titánide no osaba siquiera imaginar la reacción del belicoso hijo de Zeus ante el enfrentamiento que se avecinaba. Apartarlo del conflicto era una buena idea. Cruzaron todo el bosque en silencio, caminando una detras de la otra. La oscuridad las envolvía casi por completo, hasta que salieron de la espesura y Afrodita inició el ascenso hacia una colina cercana guiada por la única luz de la luna. Eos reconoció el lugar y vio las intenciones de la diosa. En lo alto del escarpado camino estaba su carro con los pacientes Lampo y Faetonte pastando en el herbazal donde Eos los había dejado.

Afrodita llegó finalmente junto al carro dorado y los caballos y entonces se volvió hacia la titánide. De nuevo, su mirada había abandonado todo asomo de bondad y su rostro era de una belleza marmórea, casi metálica.

—Coge tu carro y márchate, titánide. Saluda a tus hermanos de mi parte. —Por un segundo, la furia enterrada en sus palabras estuvo a punto de desbordar el rostro de Afrodita—. Nunca regresarás a Tracia ni volverás a ver al dios de la guerra. No eres bienvenida, hija de Hiperión.

Eos sostuvo altiva la mirada de la diosa. Durante unos momentos solo se oyó el azote del viento contra los árboles y la inquietud de los potros.

—¿Con qué derecho me ordenas tal cosa? ¿Lo haces acaso como hija de Zeus o como esposa de Hefesto? —Eos no titubeó al enfrentarse a la diosa.

—Mis quehaceres con Hefesto no son ni serán de tu incumbencia, titánide. Respecto a qué derecho me otorgo que prevale sobre el tuyo, es sencillo. Soy Afrodita, la de los gentiles dones. Nadie en la tierra ni en los cielos puede competir conmigo en belleza. Nadie en todo el universo puede competir en el amor que yo concedo. Pues soy el amor mismo. —La dulzura volvía a aflorar en el rostro de la diosa, que se sentía vencedora en aquella lid que no admitía otro final—. No te humillaré haciendo escoger a Ares entre lo que no admite por naturaleza comparación. Márchate, vieja amiga. Ve en paz.

Afrodita señaló con gesto amistoso el carro de la titánide. Su victoria había ablandado su ira. Eos, sin embargo, la observó turbada. Sabía que sus palabras habían sido certeras en todo cuanto había dicho. Era consciente de que nunca podría competir con la gracia de Afrodita. Sabía que Ares la escogería a ella, a la hija de Zeus, a la diosa del amor. Eos bajó la mirada y subió al carro.

—Hay algo en lo que te supero, magnífica Afrodita. Hay tan solo una cosa en la que ni siquiera puedes hacerme sombra. —La voz de Eos era apenas un susurro—. Yo amo a Ares. Lo amo como no amaré nada en el mundo. El dolor que su pérdida me causa no puede compararse al tuyo, diosa del amor. El mío es inacabable.

De nuevo se hizo el silencio mientras Eos montaba en el carro y disponía las riendas y aparejos. En su rostro y gestos, la soberbia de perder la batalla y al amante, pero ganando a cambio el derecho y la justicia de su causa.

—Esperad. —La voz aterciopelada de la hija de Zeus se había convertido en un trueno quedo.

—Mi hermano me aguarda. Helios no admite tardanza.

Eos arreó a Lampo y Faetonte dispuesta a abandonar rauda el campo de batalla con la victoria de su lado. No quería darle la oportunidad a la risueña Afrodita de volver las tornas. La diosa, en cambio, con la rabia apenas contenida en sus puños prietos, observaba la partida de la titánide.

El carro dorado se elevó en el aire y abandonó el prado gracias a la potencia de los corceles. Eos hábilmente dirigió el rumbo de la carroza de tal manera que pudiera dar la espalda a la regia hija del soberano del Olimpo y así dejar de ser presa de su iracunda mirada. Pronto la titánide habría ganado la distancia suficiente para poder olvidarse de la diosa del amor. Afrodita sabría para siempre que era ella, Eos, la que profesaba verdadero amor hacia Ares. No podría olvidarlo nunca.

Fue entonces cuando sucedió. El aire se encrespó a su alrededor como el oleaje de una gran tormenta súbitamente desatada. Un sonido, mitad trueno, mitad voz celeste, desbordaba los oídos de la titánide, que tuvo que contener a los potros, incapaz de sostener las riendas. En nada se parecía aquella voz a la de Afrodita, y sin embargo no cabía duda de que era la suya.

—Mientes, titánide. Mientes en nombre del amor frente al amor mismo. Confundes amor con antojo. Capricho es lo



La titánide sostuvo la mirada de Afrodita y se enfrentó a ella sin titubeos.

que sientes por Ares, y pretendes hacer creer que es legítimo amor, justificador de cualquier falta.

La titánide se arrojó al suelo de la carroza temiendo precipitarse al vacío. Su piel ardía como si hubiera caído en el centro del mismo sol y aquella voz se hundía en su cabeza de tal forma que se diría que eran los dolores de parto que sufrió Zeus al dar a luz a la ojizarca Atenea de su propia frente. Eos se creía morir y a la vez se sentía inundada de una pasión tan arrebatada que no podía sino amar incluso la idea de su misma muerte.

—No has amado nunca, titánide. No puedes ocultármelo. Y por eso te maldigo. Te maldigo con amor, pues con amor habéis intentado engañarme. Amarás con locura y desesperación. Amarás la belleza de cualquier varón mortal sin importar su condición. Y te conducirás hacia ese amor con abandono. No habrá montaña ni río ni afluente que no traspases para conseguir al ser amado. —La voz de Afrodita se intensificó—. Y amarás sin importar que ya estés saciada de amor. Amarás siempre.

La voz desapareció tan repentinamente como había aparecido. Los vientos se calmaron y los corceles retomaron el rumbo. Eos, aún yaciente en el fondo del carro, acertó a mirar en dirección al prado donde había visto por última vez a Afrodita. Había desaparecido. Se levantó todavía temblorosa y agitada. Ya había pasado el ardor y la pasión que la habían embargado durante aquellos instantes eternos. Nunca había sentido nada así a lo largo de su vida inmortal.

Tomó las riendas. Dirigió a Lampo y Faetonte hacia oriente, al encuentro de Helios, donde iniciarían como cada día su cabalgada triunfal de luz. Había mentido y tenía tiempo

más que suficiente para llegar al encuentro, así que decidió dar un largo rodeo por los cielos de la sublime Creta. Debía poner en orden sus pensamientos. Poco a poco el impacto de las palabras de la hija de Zeus se fue disipando y se vio lentamente reemplazado por, de nuevo, aquel sentimiento de orgullo y victoria. No había muchos inmortales que hubieran conseguido indignar así a la risueña diosa que era toda dulzura y deseo. Sin duda Afrodita seguiría teniendo a Ares, nada podía hacer al respecto, pero al comparar su amor con el de ella había conseguido que montara en cólera.

La luz plateada que caía generosa sobre ríos, palacios y montañas la serenó. Sí, era cierto, Afrodita la había maldecido. Aquella fuerza sin límites de la que había sido presa no podía ser sino el efecto de las palabras de la diosa. Y Eos sabía perfectamente que Afrodita cumplía sus promesas.

Dueña de las riendas de su carro y de su destino, la diosa de la aurora sonrió. Afrodita se había equivocado al decir que nunca había amado. Había amado. Había amado con desmesura y aún amaba a Ares con todo su ser inmortal. La hija de Zeus creía que podía maldecirla con amor. ¡Qué ingenua! Decidió en medio de aquella noche inmensa que abrazaría la maldición de Afrodita con todo su ser. Amaría la belleza de todo varón que la mereciera con devoción y sin reparo. ¿Qué podía haber de malo en ello? ¿Qué daño podría hacerle?

En el horizonte ya se vislumbraba el carro de Helios. Eos se dirigió a su encuentro con una sonrisa en los labios. Sabía que Afrodita había cometido un error. Su maldición no podía ser sino todo lo contrario: una bendición que la haría la más afortunada de las titánides.

2

LA CÓLERA DEL HÉROE

En la hora previa al amanecer, lo único que había era silencio y oscuridad en los bosques de la isla de Lemnos. Solo el sonido de las pisadas del coloso rompía la serena quietud arbórea. De altura formidable y titánica musculatura, aquella extraordinaria mezcla de hombre y gigante avanzaba bosque a través, a velocidad inaudita, sin reparar en el notable desnivel. Aunque el denso ramaje que lo rodeaba laceraba su piel, sus broncíneos brazos no forcejeaban con las ramas para evitar la sangría que estas le producían, sino que protegían al muchacho que llevaba subido a horcajadas a sus espaldas.

—Dime, Cedalión, ¿aún estamos a tiempo? —preguntó el gigante sin demorar el paso.

Cedalión aguzó la vista para intentar distinguir las grises siluetas de los árboles entre las tinieblas. Todo era oscuridad a su alrededor, pero creyó divisar un fulgor azulino a lo lejos,

señal de que los dardos de Selene lograban penetrar el follaje y de que el interminable bosque finalizaba.

—Estamos llegando, maestro. Creo divisar el fin del bosque. Llegaremos, no te preocupes.

El gigante esbozó una sonrisa tensa, casi furiosa. Las cuencas vacías, que ocupaban el lugar donde un día debieron de estar sus ojos, acrecentaron la sensación de ferocidad y crueldad de aquella sonrisa. Prosiguió el avance sin respiro, con renovadas fuerzas incluso. Un ascenso furioso y ciego que solo contaba con la guía que llevaba a hombros.

Poco después, ramas y árboles desaparecieron para dejar lugar a la desnuda cima del monte. El gigante detuvo su paso y permitió descender al muchacho desde su ancha espalda. Cedalión no perdió ni un instante y se dirigió hacia el borde del risco atisbando en la densa oscuridad con la que el mar Egeo abrigaba la isla.

—Hemos llegado a tiempo. Aún no hay señales de Helios. Pero no podemos demorarnos; debes prepararte.

El muchacho tomó al gigante de la mano y lo guio hacia el risco. Con delicadeza dirigió el cuerpo y el rostro del coloso para que su vacía mirada enfrentara el este. El titán se irguió y adoptó una posición solemne y desafiante.

—El lugar más oriental de la Hélade. Si esto no consigue el prodigio, Cedalión, todo este viaje y esfuerzo habrán sido en vano.

—Nunca han fallado las profecías, maestro.

Ambos quedaron en silencio. El ciego, con su mirada vacía perdida en la oscuridad. Cedalión observándolo a su vez, también entre tinieblas. El joven guía no pudo evitar preguntarse cómo con nueve años recién cumplidos se había

visto envuelto en aquella extraordinaria aventura. Apenas hacía unas semanas estaba al servicio de la fragua de Hefesto cuando apareció aquel gigante caído en desgracia buscando con desesperación el punto más oriental de la Hélade.

Cedalión nada sabía, ni supo luego, qué desventuras lo habían llevado a perder no ya la vista, sino también los propios ojos. Pero sí observó desde una distancia prudencial cómo Orión, pues ese era el nombre del hombre ciego, relataba sus vivencias a Hefesto hasta el punto de conmover su ánimo de tal manera que, acabada la conversación, el dios de la fragua se dirigió hacia el niño y lo puso a lomos del gigante.

—Cedalión se convertirá en tus ojos, noble Orión. Con él conseguirás tu propósito.

Sus recuerdos se vieron interrumpidos por un breve fulgor, efímero, etéreo, casi fantasmal. Cedalión oteó con insistencia la oscuridad, buscando la línea del horizonte, aquel lugar celestial donde Urano y Gea seguían eternamente unidos. Y de repente los vio. Eran las crines de los dos caballos de la titánide de la aurora, Lampo y Faetonte, que, briosos, conducían el carro de la hermana de Helios.

—Orión, ahora. Ya llega por fin la aurora. Pronto la seguirá Helios.

Orión orientó su fantasmagórica mirada hacia el lugar que Cedalión le indicaba meticulosamente mientras a su alrededor la explosión de malvas y ocres rodeaba la llegada del áureo carro de la titánide de azafranados velos.

◊◊◊

Eos quedó prendada de aquel magnífico varón con tan solo verlo. Cada mañana guiaba su luminoso carro alzándolo

desde el horizonte y cada amanecer observaba siempre los mismos lugares y paisajes. La belleza de prados, bosques y montañas, magnificada al recibir el don triunfal de la luz, estaba fuera de toda duda. Pero el corazón de la eterna Eos se había endurecido por la costumbre y la rutina y ya no era capaz de apreciar aquellos regalos. Cuál fue su sorpresa aquella mañana cuando nada más iniciar su cotidiano periplo la primera imagen que vieron sus ojos fue la del hombre más bello que jamás hubiera visto.

Se mostraba altivo y poderoso en la cima de aquel risco, con el rostro vuelto hacia el sol aún por nacer y la mirada vacía. Ni siquiera las cuencas huecas eran capaces de enturbiar la beldad sin rival de aquellos rasgos, de aquel cuerpo fornido y moreno, que se tornó en bronce cuando las primeras luces delimitaron sus hechuras. Solo su tamaño era capaz de rivalizar con su belleza; medía como dos hombres y también su complexión doblaba la de cualquier otro de sus congéneres. Se diría a primera vista que era un gigante, mas Eos sabía bien que era un hombre ya que había oído hablar de él. No podía ser otro que Orión de Beocia, hijo de Poseidón y Euríale; el hombre más bello que había conocido el mundo.

Las preguntas se amontonaban en la mente de la titánide. ¿Qué podía haberle sucedido a aquel héroe? ¿Cómo había perdido la visión? ¿Y qué hacía allí, en el confín oriental de la Hélade, sobre aquel risco con el rostro vuelto hacia levante? Eos no pudo evitar pensar que había ido a verla, que la aguardaba para percibir la belleza de la claridad primera del alba. Pero pronto advirtió que la luz no tenía ya sentido para aquel mortal y en un instante recordó aquella antigua

profecía que sin duda explicaba la presencia del beocio. El vaticinio expresaba que habría un día en el que un héroe cegado por el odio y la violencia, guiado por la voluntad de Hefesto, sería sanado por el primer regalo de Helios.

Eos descubrió que no había tiempo que perder y maldijo la necedad de aquel bello mortal. No bastaba con exponerse en el risco más oriental de la Hélade para cumplir con lo augurado. Solo el primer rayo de Helios podía tener ese efecto en un mortal y solo la casualidad o la voluntad de Zeus, padre de hombres y dioses, haría que ese primer rayo acariciara las cuencas vacías del magnífico héroe.

—¡Maldito loco! —murmuró la titánide—. Debería haber implorado el favor de Helios. Solo así hubiera conseguido ese primer regalo del sol que nace.

Volvió la mirada y vio ya a los cuatro ígneos corceles que tiraban del carro de su hermano cabalgando sobre la línea del horizonte. Tras ellos, envuelto en oros, gualdas y soberbios ocres, avanzaba el carro con su hermano Helios llevando las riendas. Sus cabellos dorados refulgían, solares, y ni siquiera la titánide de la aurora era capaz de soportar aquella visión durante más de unos pocos segundos. Pero fueron suficientes para percibir la sutil sonrisa del titán, que había comprendido las intenciones de su hermana y le otorgaba su aquiescencia.

Eos maniobró el carro con destreza, dispuesta a ejecutar su plan. Ni siquiera con la colaboración de su hermano, no había margen para el error. La diosa de la auroa arreó a Lampo y Faetonte y los lanzó en una furiosa carrera para interceptar aquel primer rayo de luz del alto Helios. El titán solar había concentrado sus dones y los había lanzado

en dirección al héroe beocio, pero ni aun así conseguirían impactar en aquellas cuencas marchitas.

Los potros de Eos restallaron el aire a su alrededor y cabalgaron veloces; la titánide mostró su pericia con las riendas para dominar a los corceles y, juntos, llegaron en el momento justo para que Eos alzara su brazo y los rayos de Helios se arremolinaran, densos, casi sólidos, alrededor del mismo.

Ya con más calma, Eos acercó su carro al héroe beocio, aún en el borde del risco. Cedalión la miraba con asombro a la vez que atendía la incomprensión del héroe, que guiado tan solo por el sonido no lograba comprender qué maravillosos sucesos se estaban dando.

—¡Cedalión! ¿Qué sucede? ¿Qué son esos ruidos de carros y caballos? ¿Ha llegado ya Helios?

Eos, calmada, altiva y serena, desmontó del carro y con el primer rayo de Helios aún retenido en su brazo, se acercó a Orión sin pronunciar palabra. Lo miró largamente, como pretendiendo atesorar en la memoria aquel rostro bello todavía desfigurado y con un gesto suave permitió que el rayo de Helios se deslizara en aquellas órbitas ciegas.

La titánide esperó. Esperó mientras Orión gemía de dolor al sentir que sus ojos se restauraban de la nada; esperó hasta que el héroe dejó de parpadear, incómodo y atónito ante el manantial de áurea luz que desbordaba su visión; y esperó también durante el tiempo que el héroe se tomó para asumir aquel rostro femenino que estaba a pocos centímetros del suyo.

—¿Quién...? ¿Quién eres? —balbuceó el héroe—. Eres muy... eres muy hermosa.

Orión apenas tuvo tiempo de pronunciar la última sílaba antes de que los labios de Eos besaran los suyos y su cuerpo



Eos se acercó al héroe beocio y lo observó largamente, para atesorar aquel bello rostro.

y el de la divina aurora se fundieran en un intenso abrazo. Los relinchos de Faetonte sacaron a los amantes de la súbita pasión. Eos, dulcemente, se separó del héroe beocio y se dirigió hacia su carro.

—No hay tiempo. Debo preceder el carro de mi hermano, el alto Helios. Ven conmigo, mi bello Orión. —El tono imperioso de Eos no aceptaba negativas—. Y trae también a tu guía. No queremos que sea pasto de las fieras, ¿verdad?

Orión subió al carro, aún aturdido por lo sucedido, seguido por el también atónito Cedalión.

—¿Eres...? Eres Eos, la diosa de la aurora, ¿no es cierto?

—Lo soy —contestó Eos con una sonrisa mientras ya dirigía su carro hacia el cielo abierto.

—¿Adónde vamos?

—Por ahora, me acompañarás a transportar las primeras luces del alba a toda la Hélade.

—¿Y luego? —Orión pareció aún más confundido cuando el carro empezó a desplazarse velozmente a través del cielo.

—Luego dejaremos a tu guía en su hogar y te llevaré conmigo a la isla de Delos, donde nos solazaremos en el amor durante días. Quién sabe si durante semanas. O puede que meses.

—Pero... ¿y si no lo deseo?

—Oh. —Eos pareció desconcertada durante un instante, luego miró al beocio y le sonrió dulcemente—. Lo desearás. Claro que lo desearás.

⋄⋄⋄

Eos besó larga y apasionadamente a Orión y se apartó amorosamente de él. La luz crepuscular se vertía escasa desde la gran ventana e iluminaba sutilmente la amplia estancia, de altos te-

chos, delicados mármoles y trabajadas maderas. Hacía semanas que los amantes compartían lecho en el palacio que la titánide había hecho construir en la isla de Delos, y aquella tarde era tan solo una de las muchas transcurridas entre el solaz y el letargo de los amores recién descubiertos. El héroe observó el cuerpo desnudo de la titánide con embeleso y sonrió.

—Jamás pensé que compartiría el lecho con una eterna.

—Y lo seguirás haciendo —dijo Eos encaramándose otra vez, cariñosa y zalamera, al gigantesco cuerpo del héroe—, mi bello mortal, el más bello de todos los mortales.

Los besos, caricias y palabras gratas de Eos fueron interrumpidos por una llamada a la puerta de los aposentos privados de la titánide. Orión se levantó solícito a abrir y recogió con una sonrisa la bandeja que una de las criadas de la casa le ofrecía. En pocos momentos, sin embargo, su semblante mudó de la gratitud a una mueca de furia desmedida y lanzó la batea al piso de la estancia.

—¡No es esto lo que te hemos pedido! ¿Cuántas veces vas a equivocarte hoy?

Eos reaccionó con premura y pronto estuvo tras el héroe, abrazando su pecho y aplacando su cólera con palabras serenas. La criada se retiró cabizbaja, cerrando la puerta tras de sí. Orión apartó a Eos con un ademán furioso y se sentó de nuevo en el lecho, no sin antes golpear fuertemente el muro de la estancia con su puño desnudo.

—Debes hablarme, Orión. —Eos se dirigió al héroe en un tono sumamente afectuoso—. Debes extraer de tu interior ese mal que te aqueja, esa furia que se oculta cuando estás en el lecho y que brota como si fuera un sulfuroso volcán cuando el menor de los detalles te contraría.

—Eos, sabes que no quiero molestarte, a ti, a una inmortal, con mis…

—Sabes bien que deseo saberlo —interrumpió Eos mientras se sentaba a su lado—, y que solo por respeto he contenido mis deseos de conocer qué aciagos pasos te llevaron, ciego y desventurado, a la cima de aquel risco. Cuéntamelo, Orión. Una titánide te lo ruega.

El gigante se alzó apesadumbrado y comenzó a pasear por la estancia como si fuera uno de aquellos felinos capturados y privados de toda libertad. Pronto su vibrante voz, con una cólera apenas contenida, empezó a relatar lo sucedido en los meses previos a su encuentro.

Todo aquel infortunio había comenzado en Quíos. Orión había llegado allí, ávido de fama y gloria, respondiendo a la llamada que Enopión, el rey de la isla, había hecho correr entre cazadores y héroes de toda la Hélade. Parecía ser que, en aquella isla, proliferaban todo tipo de bestias que resultaban un peligro para los habitantes de la isla. Enopión había ofrecido riquezas sin número y también la mano de su hija Mérope al cazador que acabara con todas las alimañas que asolaban su tierra.

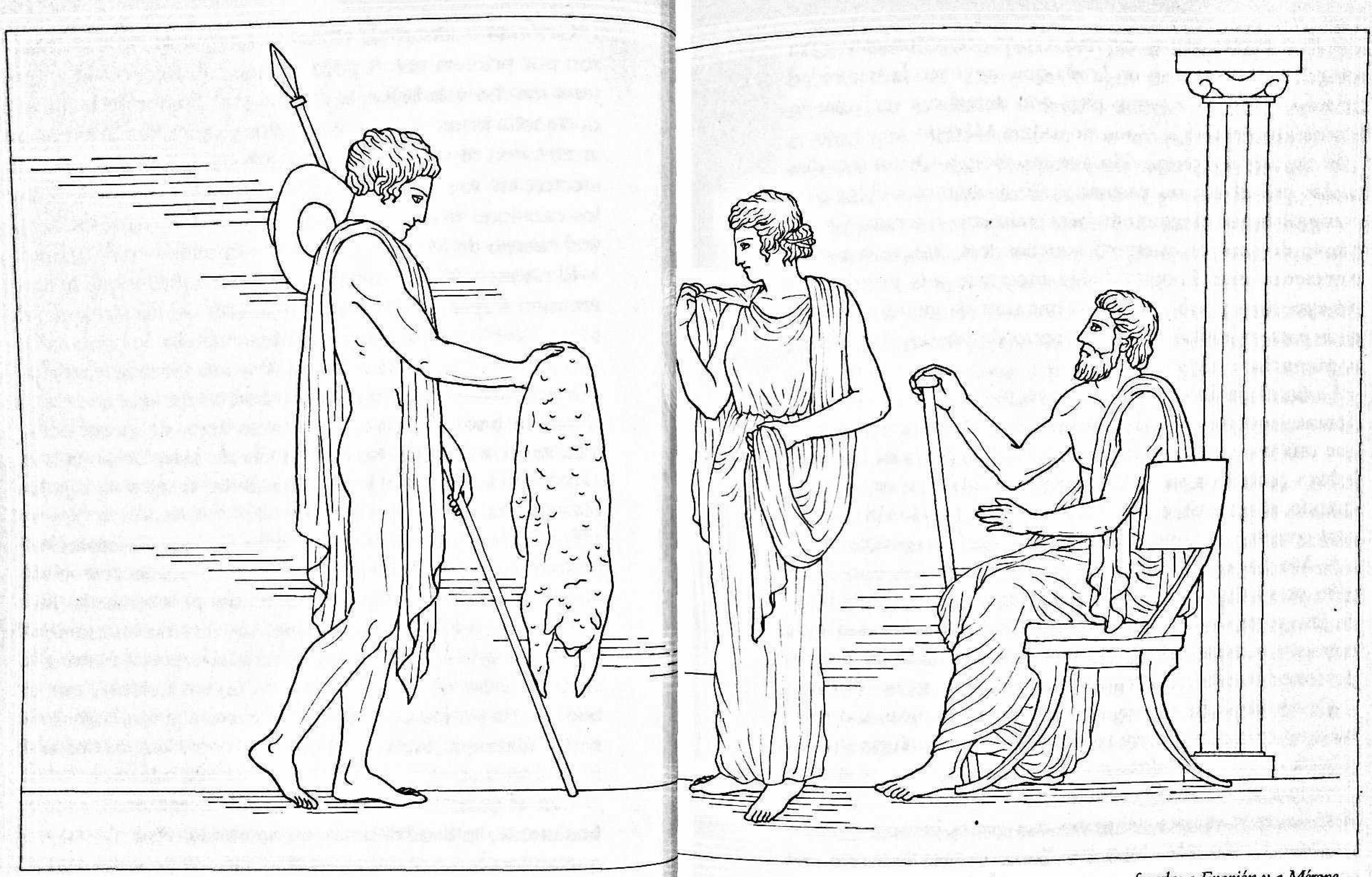
Cuando Orión se presentó ante el rey, lo único que tenía en mente era el honor y la gloria que le reportaría la hazaña de acabar con aquellos monstruos. Poco le importaban las riquezas prometidas y menos aún, si cabe, la mano de la hija de Enopión. La belleza de Orión era famosa en toda la Hélade y, a pesar de ser todavía muy joven, no eran pocas las propuestas de matrimonio que había recibido y los muchos amores en los que se había prodigado. Pero todo eso cambió cuando vio a Mérope.

Orión se enamoró de ella en cuanto sus miradas se cruzaron por primera vez. A pesar de que había conocido a mujeres mucho más bellas, la dulzura y el candor de la mirada de aquella joven de negros cabellos y ojos color aceituna lo arrebataron al instante. Cazaría a todas aquellas bestias, en efecto, pero ya no solo para ser considerado el mejor de todos los cazadores helenos. Ahora anhelaba las caricias, los besos y el cuerpo de Mérope. Nada se interpondría en su camino.

El rey escogió a Orión de entre todos aquellos que se presentaron y apenas despuntó el amanecer del día siguiente, el héroe beocio partió a recorrer la isla en busca de las alimañas que perturbaban la paz del reino. Fue una jornada fructífera; una manada de lobos cayó en las diversas trampas que había dispuesto y venció con facilidad a un fiero oso que se ocultaba en las montañas. Acabado el día de caza, Orión volvió al palacio de Enopión y depositó frente al rey y su hija las pieles de las presas.

Igualmente provechosos fueron los días que vinieron. Durante dos lunas completas, Orión partía al amanecer y volvía al caer el sol con las pieles de las bestias para ofrecerlas humildemente a Enopión y Mérope. Aquellos breves momentos, en los que el cazador enumeraba las capturas frente a la mirada devota de Mérope, eran los únicos instantes que el beocio y la princesa compartían durante aquellas largas jornadas. Y, aunque breves, eran anhelados por ambos como si fueran joyas cuyo preciado valor nadie más sabía ver.

Con el pasar de los días, las bestias fueron escaseando y finalmente, las batidas de Orión no encontraban ya criatura que asolara la isla. Así que un día Orión se presentó ante el rey dando sus tareas por finalizadas.



Orión regresaba al caer el sol con sus presas para ofrecerlas a Enopión y a Mérope.

—Está hecho, rey —expresó Orión, ceremonioso—. Ya no queda criatura viva en la isla que amenace la seguridad de tus súbditos. Me siento pues con derecho a reclamar lo prometido. Anhelo la mano de tu hija Mérope.

El rey asintió complacido, aunque pidió a Orión tres días en los que él mismo partiría junto a algunos nobles para comprobar que el reino estuviera realmente liberado. Orión estuvo de acuerdo y esperó aquellos tres días, que a él le parecieron años. Enopión había encerrado a la princesa en sus aposentos y había apostado una nutrida guardia frente a ellos para imposibilitar el encuentro de los dos jóvenes en su ausencia.

La única razón por la que Orión pudo refrenar su deseo durante aquellas jornadas fue su firme convencimiento de que una vez acabados sus trabajos, el rey accedería, tal como habían pactado, a sus requerimientos. Cuál fue su sorpresa cuando, al regresar, el rey lo convocó en el salón del trono para comunicarle que se negaba a otorgarle lo prometido.

—Me has decepcionado, hijo de Poseidón —dijo Enopión en su tono más solemne—. Hemos recorrido la isla y en las grutas de las cimas altas hemos descubierto nidos de bestias y animales salvajes. Has sido descuidado y tu natural desconocimiento de estos parajes ha jugado en tu contra.

Orión no dejó acabar su discurso a Enopión. Conocía bien su propio carácter y se sabía presa de una furia intensa y justa que le impediría controlar sus actos y que podría llevarlo a acabar con la vida del monarca. Por ello decidió abandonar la cámara del trono con gestos bruscos y malas palabras. Orión sabía bien que Enopión mentía y que esas grutas de las que hablaba estaban, gracias a él, desiertas.

Una vez fuera de palacio y sin saber cómo actuar tras aquella traición, Orión se refugió en una de las muchas tabernas de la ciudad y decidió ahogar el dilema en todo el vino que pudo encontrar. Era incapaz de entender qué motivos podía tener Enopión para negarle aquello que más anhelaba y que, además, le había sido prometido. ¿No había él cumplido con creces su tarea? ¿No había demostrado ser un yerno digno, un honrado y fiel pretendiente para su hija? ¿Qué error, entonces, había cometido?

Jarra tras jarra, el cazador, inflamado por el deseo, la traición y la furia ciega, fue dejando atrás todas aquellas dudas y preguntas y empezó a pergeñar un plan. Un plan que hiciera justicia a aquella traición y que, de igual manera, le permitiera saciar su deseo, un plan funesto que solo podía concluir en desgracia.

Orión esperó a que fuera noche cerrada y se dirigió al palacio del rey. Había vivido allí durante semanas y había fantaseado en numerosas ocasiones con realizar la acción que ahora emprendía, así que sabía bien cómo sortear a los vigías y cómo escoger los mejores caminos que condujeran a los aposentos de Mérope. Así, no le fue difícil llegar hasta la princesa descolgándose desde el tejado del palacio hasta la galería que daba acceso a sus estancias.

La princesa dormía. Orión la observó, inflamado de deseo y venganza. El odio mezclado con el turbio vino de la posada corría por sus venas. Con un movimiento veloz se lanzó sobre el lecho de la muchacha. Mérope, aturdida primero y batalladora después, presentó resistencia. Pero el cazador, con un gesto certero, rasgó su camisón a la vez que callaba la boca de la princesa. Ella lo había deseado durante sema-

nas, pero no de aquella forma, no en contra de la voluntad de su padre, no sin haber sido desposada antes. La princesa se resistió con todo su empeño, aunque todos sus esfuerzos fueron baldíos.

El forcejeo duró poco. El cazador dominó a la bella muchacha y disfrutó de ella a placer, aunque una vez acabada la lid y rendida la presa, tampoco Orión encontró deleite en proseguir con la tropelía. No era un acto de amor sino de odio. Y no contra ella, sino contra su padre. Si Mérope no podía ser suya, la despojaría del valor que tenía para su progenitor. De igual manera que Enopión le había arrebatado a la bella muchacha, él lo desposeería de la virginidad de su hija.

Orión bajó del lecho mientras la princesa lloraba. No tuvo el coraje de mirar su rostro. Salió de la habitación por la puerta principal sin atender a precaución alguna. En efecto, se cruzó con varios guardias en su trayecto hacia las bodegas de palacio. Pero nadie había oído nada y la presencia de Orión era ya habitual en el palacio. Nadie lo detuvo. El cazador, con mirada vacía y andares erráticos, llegó hasta los grandes odres de vino y allí se dispuso a beber tanto como fuera necesario para que Dioniso le otorgara el don de la inconsciencia y el olvido.

Orión guardó silencio por unos instantes. Era la primera pausa que hacía en su relato. Los ojos de inmaculado azul de Eos lo observaban con atención y congoja.

—Bebí hasta quedarme dormido —prosiguió Orión—. Los párpados se me cerraron y... cuando los abrí, ya no había luz en el mundo. El aliento de Helios se había apagado para siempre.

—¿Qué sucedió?

—Solo recuerdo el dolor insoportable en mis ojos, las carcajadas de Enopión... Mérope debió de dar finalmente la voz de alarma y me encontraron en las bodegas inconsciente. El rey quizá decidió que su venganza sería mayor si me arrebataba la vista en lugar de la vida. Y así lo hizo. Luego me dejaron al borde de un camino. —Orión detuvo el relato de nuevo y se sentó junto a Eos—. Seguramente era mi destino perecer allí, pero algunos días después, famélico y desorientado, encontré la fragua de Hefesto, que se apiadó de mí e hizo que Cedalión me acompañse. Creo que ya sabes el resto.

Orión sonrió por primera vez en lo que llevaba de relato. Eos le devolvió la sonrisa y besó sus labios con delicadeza.

—Obraste mal, mi guapo beocio.

—Lo sé. No sabes cuán enorme es mi arrepentimiento. —Orión no era capaz de alzar los ojos del suelo para mirar directamente a Eos—. Jamás volveré a hacer algo parecido.

—Pero Enopión obró peor. —La voz de la titánide se llenó de brío y vigor—. ¿Quién se cree que es ese triste reyezuelo para quebrar lo que fue establecido y no honrar la palabra dada? ¿Acaso hay peor crimen que ese? Vamos, Orión, álzate del lecho y ármate.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Orión, desconcertado.

—A vengarnos del hombre que te hizo caer en desgracia, ¿adónde si no?

◇◇◇

Los preparativos para el viaje fueron pocos. Así que a las pocas horas, la titánide y el beocio ya recorrían los cielos de la Hélade en dirección a Quíos. Eos arreaba con decisión a

los albóreos potros. Orión, por su lado, observaba taciturno cómo se formaba en el horizonte el perfil de la isla de Quíos.

—Quiero matarlo, Eos. Quiero arrancarle a Enopión los ojos con mis propias manos y a continuación arrebatarle la vida lentamente.

Eos observó al cazador con honda preocupación. Era como si hubiera dos hombres diferentes en el interior de aquel beocio: un amante sensible y un furioso asesino ebrio de violencia y venganza. Decidió no responder a sus palabras y dejar que fueran devoradas por el viento.

Eos dirigió el carro directamente al palacio de Enopión, situado en una verde colina que dominaba la ciudad. En cuanto descendieron, advirtieron que algo extraño acontecía. A pesar de que el ígneo astro había desaparecido ya en el horizonte, no había lámparas tras las ventanas. No se oían los sonidos propios de los usos y costumbres de un palacio. Todo era oscuridad y silencio.

Recorrieron pasillos vacíos y estancias deshabitadas; buscaron en todas y cada una de las habitaciones. Nadie había allí ya. Ni rey, ni princesa, ni esclavos. Restaban objetos, enseres y útiles. También las despensas estaban llenas. Era como si hubieran partido con apremio, temiendo la venida de algo aciago y terrible.

—Alguien los debe de haber alertado. —Orión no salía de su asombro—. No lo comprendo. ¿Cómo podían saber que veníamos?

—No lo sé, Orión. Pero no importa, amor mío. Si algo puedo asegurarte es que no podrán esconderse de la luz de la primera aurora. Los encontraremos. —Mientras hablaba, Eos empezó a besar al héroe—. Ahora disfrutemos de este

bello y delicado palacio que han dejado a nuestra entera disposición estos gentiles anfitriones.

Al día siguiente, bien entrada la mañana, al regresar Eos de su cabalgada matutina, iniciaron la búsqueda. Parecía evidente que ocultar a un rey y a todo su séquito no podía ser tarea fácil y que, desde luego, era poco probable que hubieran conseguido salir de la isla en tan poco tiempo. Eos decidió utilizar uno de sus más preciosos dones, propio de todos los eternos, el de la ocultación.

Así, cuando la pareja se adentró en las calles de Quíos, lo que percibieron sus gentes no fue a la dadora de la luz primera y al hombre más bello de la Hélade, sino a dos hombres vulgares, comerciantes venidos de alguna isla cercana, sucios y cansados, que buscaban posada y también quizá el intercambio de algunas mercancías.

Ocultos tras la ilusión, Eos y Orión preguntaron a veces con disimulo y otras más abiertamente qué había sucedido al rey de Quíos y a los suyos. No obtuvieron respuesta. Aunque el engaño surtía el debido efecto, los naturales de la isla desconfiaban de los extranjeros y nada se atrevían a revelar: «Se desvanecieron una noche», «Han huido temiendo la ira de los dioses», «Estas no son cosas que conciernan a mortales». Estas fueron todas las respuestas que obtuvieron de los hombres y mujeres con los que departieron. Al acabar el día, libres ya del encantamiento y de las miradas ajenas, volvieron al palacio de Enopión y allí, en aquellas estancias silenciosas y deshabitadas, se amaron en los mismos lugares donde habían acontecido aquellos funestos hechos.

Y de la misma forma que transcurrió aquel día, así también transcurrieron las jornadas siguientes. Eos se marchaba

en las horas más oscuras y volvía con el día bien entrado. De nuevo, ocultos por el don de la titánide, recorrían calles, tabernas y establecimientos de todo tipo intentando averiguar qué había sucedido con el monarca y su familia. Y tras ello volvían al palacio de Enopión y disfrutaban de su joven amor.

Pero cada día que se sucedía, el humor de Orión era más lúgubre y sus ataques de ira más frecuentes. Las reyertas entre la pareja empezaron a ser cotidianas; Orión tenía la convicción de que todos los habitantes de la isla les mentían y engañaban, hecho que Eos rechazaba tajantemente. La diferencia de pareceres y la frustración constante en una búsqueda de vital importancia, aunque estéril, fueron agriando aquel viaje que se presumía rico en gloria y triunfos.

En la mañana del séptimo día de búsqueda, cuando Eos regresó tras portar el alba a todas las colinas y prados de la Hélade, Orión ya la esperaba, pertrechado y dispuesto para otro día de incansables pesquisas. Sin embargo, nada más entrar Eos en el amplio patio porticado donde el cazador la aguardaba, este reparó sin esfuerzo en que algo enturbiaba el ánimo de la titánide.

—Eos, ¿qué sucede? —Orión fue al encuentro de la eterna y la abrazó—. ¿Por qué has tardado tanto?

La titánide, quizá por primera vez, se deshizo del abrazo del beocio y rechazó la mirada de amor que este le brindaba. Se separó algunos pasos de él y desvió la vista hacia los cerezos floridos que crecían en el parterre.

—Yo también intuía hechos extraordinarios, Orión. No sabía cuáles. —Eos escamoteaba la mirada mientras hablaba—. Pues no hay forma de que un mortal escape tanto de nuestras pesquisas como de mis búsquedas al alba.

—¡Lo sabía! —espetó Orión, radiante—. Sabía que esos miserables y ruines conspiraban en nuestra contra y a favor de su rey. Pese a todo, siempre le han sido leales.

—Te equivocas, amado mío. —La voz de Eos había empezado a llorar incluso antes de que aflorara lágrima alguna en los azules fanales de la diosa—. Los ciudadanos de Quíos nada tienen que ver.

El cuerpo de Orión se tensó como el arco del cazador antes de alcanzar la pieza anhelada, sus ojos se incendiaron con el ardor de la lid, y un instante después su gigantesca mano atenazaba la de la diosa de la aurora obligándola a volverse hacia él, obligándola a mostrar su rostro.

—Habla de una vez, titánide. ¿Qué voluntad hay tras todo este engaño?

Eos observó primero la presa de Orión sobre su cuerpo y luego dirigió su mirada al beocio. Durante un breve parpadeo, todo amor, todo rastro de humanidad desapareció del rostro de la diosa. Sus ojos azules y su rostro suave se tornaron una máscara marmórea y cruel. Orión desasió el brazo de la inmortal y retrocedió un paso, preso de un pavor turbio y ancestral.

—He invocado a Poseidón, el que sacude la tierra. He hablado con tu padre, Orión. Solo aquel cuyo dominio son los mares que rodean esta isla podía saber qué misterios obran aquí. —La voz de Eos había ido convirtiéndose paulatinamente en la dulce melodía que Orión conocía tan bien.

—¿Qué te ha revelado el de cerúlea cabellera?

—Tras las impías acciones que cometió contra ti, mi amado Orión, el rey de Quíos recapacitó y su espíritu se llenó de temor: temor a que recuperaras la visión y partieras en su búsqueda, temor a que quizá reclamaras la ayuda de tu padre

o de cualquier otra divina potencia. —Las palabras de la titánide se deslizaban hacia la tristeza con cada sílaba—. Pidió auxilio a Hefesto, que con el apoyo de tu padre construyó una morada subterránea a la que ni hombre ni inmortal puede aspirar nunca a llegar. Una residencia bajo la tierra a la que no llega jamás la luz de la mañana.

—¿Cómo? ¿Mi padre? ¿Y Hefesto? —La incredulidad y la ira se apoderaban del héroe—. ¡Pero si ambos me han ofrecido siempre toda la ayuda que he requerido! ¿Cómo pueden haberme traicionado de esta manera?

—Antiguos pactos y antiguas promesas, amor mío. Y esas deben cumplirse siempre.

Orión se separó con violencia de Eos. Se lanzó con furia demente y lágrimas en los ojos contra la gran mesa de noble talla que presidía el atrio, reduciéndola a astillas con potentes golpes; destruyó después tapices y muebles y finalmente, lanzó los puños desnudos contra la corteza de uno de los robles, que resistió sus embates con entereza. El cazador, con los puños ensangrentados y llorando como un infante, cayó de hinojos en mitad del patio.

—¿Todavía la amas? —Eos observaba a distancia la furia del beocio—. ¿Aún amas a Mérope?

Las lágrimas de Orión se secaron casi al instante. Se alzó del suelo y con caminar solemne fue acercándose a la titánide. A pesar de su envergadura gigantesca y sus puños ensangrentados, ahora no había más que amor en los gestos y en la mirada del coloso.

—No, no la amo. Estas lágrimas únicamente son fruto de la furia, la traición y el desengaño. No amo a Mérope. Quizá no la amé nunca. Solo te amo a ti, mi bella diosa de rosa-

dos dedos. He comprendido. Finalmente he comprendido. Vayámonos de aquí y olvidemos este episodio para siempre, contigo, que me devolviste la luz del día y que me has ofrecido lo más bello que esa luz puede iluminar.

Eos cerró los ojos y sintió el poderoso y sincero abrazo de su amado. Había temido que aquel viaje a Quíos hubiera sido un error, pero ahora, entre los brazos del formidable varón, comprendía que no había nada mejor que amar y ser correspondida. Pensó durante un instante en Afrodita, en su furia y en aquella maldición que no había sido sino el mejor regalo que había podido imaginar.

3

DEL LETAL AGUIJÓN

Atardecer tras atardecer, noche tras noche, las jornadas se iban consumiendo en la isla de Delos. Los dones de Deméter, que habían sido abundantes, dieron paso a la tristeza de la diosa, que, ante la estacional ausencia de su hija Perséfone, dejó a la tierra huérfana de flores y frutos. Eos y Orión presenciaron cómo los verdes valles se llenaban de ocres y el regalo de la luz de Helios se tornaba cada vez más rácano y endeble.

Así también pasó con el amor de la titánide y el cazador. El ímpetu y el brío de los primeros momentos —se diría que aquellos días en Quíos no habían acontecido— fue dando paso a amores más sosegados y cómplices. Las largas jornadas en el lecho fueron sustituidas por agradables paseos y largas conversaciones bajo la plateada luz de Selene.

Eos quiso habituarse a aquello que sabía era normal en los amores de los mortales. Quiso no darle importancia al

hecho de que el fuego de Orión se atenuara. Pensó que así era siempre en todos los casos y que también a ella le había sucedido en romances anteriores. Pero no ahora. El amor de Eos no se había suavizado ni un ápice, el torrente no había perdido fuerza en su empuje; amaba al bello Orión como el primer día. Quizá incluso, se decía Eos, lo amaba con la misma intensidad con que lo amó aquel primer instante, cuando lo descubrió, ciego y deforme, en aquel risco aguardando la luz del alba.

No podía dejar de pensar en el beocio. Pensaba en él cuando caminaban por los montes de la isla y contemplaban el paisaje; pensaba en él cuando disfrutaban juntos de sabrosas viandas; pensaba en él cuando guiaba a sus briosos corceles precediendo al alto Helios y soñaba con él en los pocos momentos en que un inmortal se permitía el justo sueño. Su amor era una brasa ardiente que no podía ser sofocada por río, manantial u océano.

Mas las dudas eran cada vez más asiduas. ¿Y si Orión ya no la amaba? ¿Y si aquel desapego no era fruto del normal curso del amor sino consecuencia de alguna otra cosa? ¿Y si todavía amaba a Mérope? Cuando aquellas dudas aciagas la asaltaban, pensaba a menudo en Afrodita. ¿Era a aquello a lo que se refería la diosa? ¿A aquel dulce néctar que se tornaba dolorosa hiel con el paso del tiempo? ¿Era acaso el suyo el único amor inagotable del universo?

Pero la desazón se tornó angustia cuando Orión empezó a alterar sus costumbres. Aunque nunca se hubiera expresado en voz alta, el cazador siempre aguardaba en el palacio la llegada de la titánide y juntos emprendían alguna actividad que fuera placentera para ambos. El beocio sabía cómo ocu-

par su tiempo durante las ausencias de la diosa y esperarla sin falta para disfrutar de su compañía.

Cuando, un día tras otro, Eos vio que el cazador no estaba en el palacio cuando ella llegaba, sus temores aumentaron. Las excusas eran invariablemente las mismas, justas y razonables. Orión argumentaba que tal o cual pieza era mejor acecharla a aquellas horas del día, que la caza de un jabalí lo había abstraído de la posición del sol, o que había perdido el sentido de la mesura en la persecución de la presa y le había llevado más tiempo de lo deseado el regresar. Lo cierto era que cada vez con más frecuencia, Eos encontraba sus aposentos vacíos y a su amor ausente.

Aquellas partidas, con el transcurso de los días y semanas, pasaron de ser motivo de inquietud a convertirse en auténtica angustia. Aún a sabiendas de que traicionaba la normal confianza entre amantes, Eos decidió seguir al héroe, esperando no encontrar más que refrendo a sus palabras, demostrar su virtud, y así permitir a su corazón alcanzar el sosiego. Nada más sencillo para la titánide de la aurora que montar en su carro y lanzar sobre sí un velo de luz que la hiciera etérea e indetectable para mortales y eternos. Así, guiada por Lampo y Faetonte, los albóreos potros, Eos comenzó a espiar desde las alturas las actividades que Orión ejercía en aquellas largas jornadas de caza.

Pronto advirtió que el héroe no mentía, aunque también que no decía toda la verdad. El bello Orión afirmaba salir de caza y a eso era a lo que se dedicaba. Pero no cazaba solo. Nada hubiera temido la titánide si los compañeros de caza que Orión había olvidado mencionar en sus conversaciones fueran campesinos de los diversos pueblos de la isla, o quizá

otros héroes con los que hubiera trabado amistad en el pasado. Pero no era ese el caso.

Eos no podía creer lo que percibían sus ojos. Su joven amante estaba rodeado de mujeres. Cinco bellas doncellas ataviadas convenientemente para la caza acompañaban al héroe en las artes de la captura. Pese a la hermosura de sus compañeras, Eos no pudo percibir signo alguno de traición amorosa en el beocio. En un silencio cómplice, cazador y muchachas acechaban a un jabalí de formidables proporciones que se alimentaba en el interior del bosque. La partida estaba rodeando al animal, preparando el que sería el golpe definitivo. Repentinamente, desde un emplazamiento en el que Eos no había percibido figura alguna, una flecha surgió de la espesura y, certera, acabó con la vida de la presa sin sufrimiento.

La partida celebró el disparo y vitoreó a la misteriosa figura que pronto se reveló al salir de su escondrijo. Parecía una mujer de pelo oscuro y salvaje que vestía una nívea túnica. Pero su sobrehumana belleza, la gracia de su porte y su arco dorado revelaron a la diosa de la aurora que se trataba de la noble Ártemis, señora de las bestias.

Al presenciar aquella escena, a Eos se le reveló en un solo instante toda la tragedia que estaba por venir. La titánide vio el deseo en aquellos ojos beocios que tan bien conocía. De nuevo apreció la ira larvada en algún lugar del interior del hombre al que amaba. Sabía que aquello no llevaría a buen puerto. Sabía que aquellas cacerías eran portadoras de vientos funestos. Sabía que lo perdería. Y en su corazón, ahora roído por los celos y el odio, solo acertó a pensar: que así sea.

El fatídico día acabó por llegar. Cuando sucedió, Eos llevaba ya semanas espiando al que aún era el amor de su vida. Cuando el cazador emprendía el trayecto de vuelta al palacio, Eos se adelantaba y aparecía allí como si llevara horas aguardándolo. Nada revelaba la titánide de lo que sabía de las actividades del héroe. Simplemente callaba. Y entre silencios y medias verdades, pasaron las jornadas hasta aquella postrera.

Eos, sentada en una roca, aunque imperceptible gracias al velo de luz que la ocultaba, observaba a su amado Orión y al grupo de doncellas de Ártemis. A pesar de que estaba tan cerca que podía escuchar con claridad las palabras que proferían, su mirada, triste y absorta, vagaba entre las copas de los árboles como si nada de lo que allí se dijera pudiera alterar su ánimo.

—¡Eso no es nada! —se jactó Orión—. En Quíos cacé toda clase de bestias salvajes. Tantas fueron que ahora mismo no podría decir si todavía holla la tierra algún fiero animal que pueda resistirse a mis artes de caza.

—¡Grandes palabras profieres, hijo de Poseidón! No quiera Zeus, padre de hombres y dioses, que debas sostenerlas con actos.

Era Ártemis la que hablaba. Su áureo carro, precedido de sus dos ciervos divinos, acababa de irrumpir en el claro. La diosa, armada con su eterno arco y con su aljaba a la espalda, descendió del vehículo y encaró jovial al cazador beocio.

—Los hombres siempre aumentáis el valor de vuestras presas cuando relatáis vuestras hazañas, mi buen Orión.

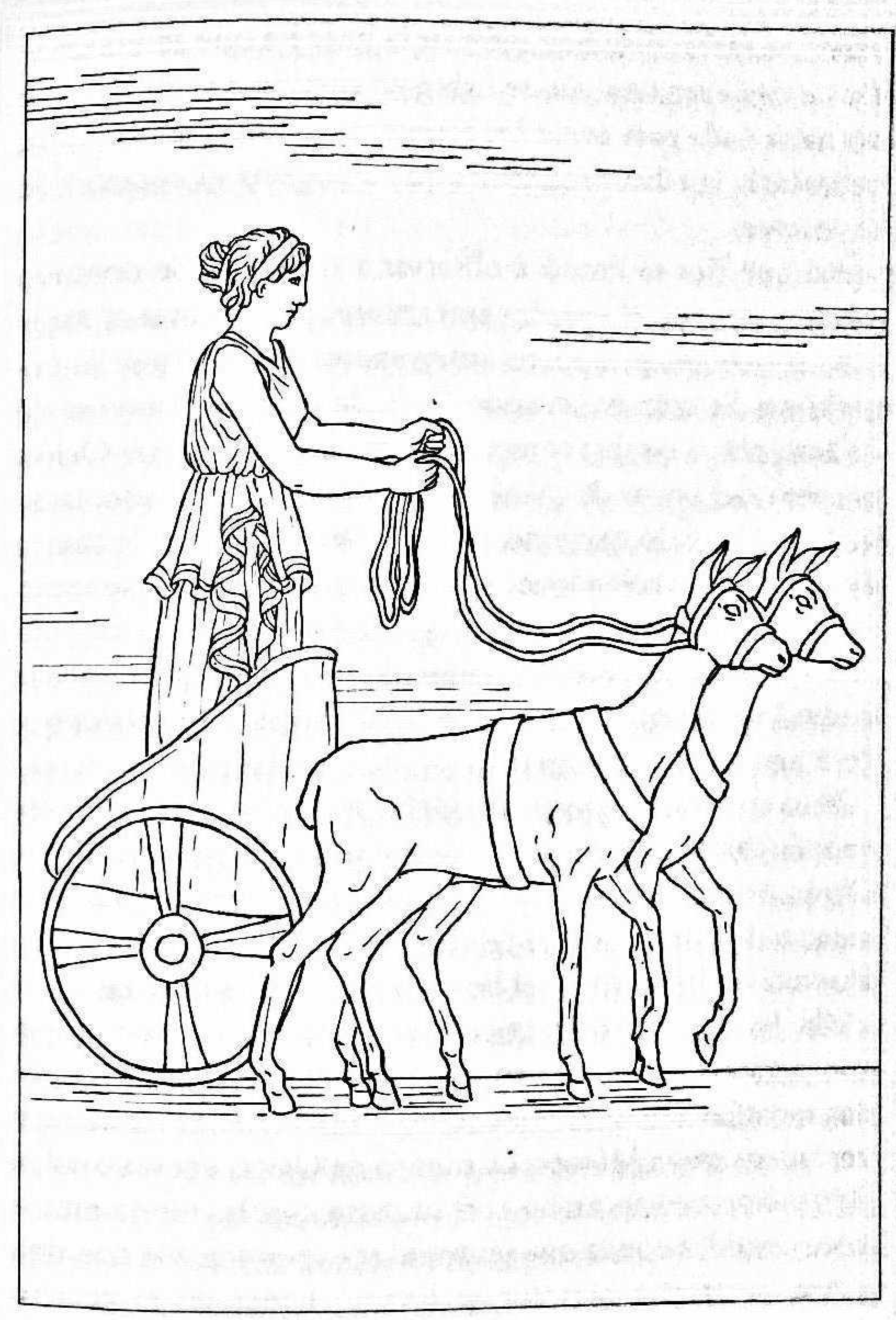
El gigante le dedicó una amplia sonrisa a la diosa que prendió los celos el corazón de la titánide, que observaba

silenciosa. Era evidente que el cazador y la diosa compartían camaradería y quién sabía cuánto más. Las lágrimas se vertieron quedamente por las mejillas de Eos mientras esta observaba aquella trivial escena.

Ártemis asumió con espontaneidad el mando en aquella tan singular partida de caza. Explicó con celeridad que había divisado un león de gigantescas proporciones a tan solo pocos estadios de distancia y dividió a todos los reunidos en tres grupos con el objeto de rodear a la bestia y evitar su huida. La diosa flanquearía al animal por el este; Orión, acompañado por Opis, una de las más fieles y hábiles doncellas de la diosa, haría lo propio por el flanco occidental; el resto de la partida avanzaría frontalmente hacia el animal con objeto de enfrentarlo y captar su atención.

Una vez todos estuvieron de acuerdo y advertidos de su cometido, el grupo se separó con la notable excitación que precede la cacería. Orión y Opis emprendieron la marcha por un camino que serpenteaba por la linde de un pequeño riachuelo. Caminaban relajados y charlando animadamente sin temor a que el sonido de sus palabras espantara al gigantesco león, pues sabían que aún deberían caminar un buen trecho antes de llegar a la colina indicada por Ártemis.

Orión amenizaba el camino relatando atrevidas historias que escandalizaban a la virgen doncella. Su risa casi pueril, sus mejillas sonrojadas y el movimiento que las contenidas carcajadas provocaban en sus pechos bajo la túnica atraían de forma rotunda la mirada del cazador beocio. Eos también caminaba tras ellos, invisible, a apenas unos metros. Cuando vio —y reconoció— la mirada lujuriosa de su compañero de lecho, pensó en advertir a la doncella. No obstante, se



Ártemis irrumpió en el claro montada en un áureo carro del que tiraban dos ciervos.

contuvo. Había decidido refrenar la justa ira que sentía contra Orión. Pero también se había prometido a sí misma que no haría nada para evitar los acontecimientos que, sin duda, provocaría la rabia primigenia que albergaba el corazón de su amante.

Así que Eos se limitó a observar a distancia. Se contuvo cuando vio que el cazador interrumpía su historia, y también la marcha, para mirar ardorosamente a la doncella hiperbórea. Se contuvo cuando Opis, de repente temerosa de su hasta ahora cordial compañero, dio un paso atrás y Orión la tomó del brazo de manera impetuosa. Se contuvo también ante todo lo que vino: cuando Orión arrancó la túnica de la virgen mostrando su nívea desnudez, cuando se lanzó sobre ella ahogando sus gritos con su fornida mano, cuando el poderoso cuerpo del cazador dominó al de la doncella y tomó su virginidad contra su voluntad, Eos se contuvo y dejó precipitarse la tragedia.

Pero en ese contenerse no podía dejar de observar, aterrada y fascinada a la vez, la violencia que era capaz de liberar Orión. Mientras el gigante acometía una y otra vez sobre el cuerpo de Opis, Eos solo podía observar sus ojos. Allí veía la frustración sin final que el héroe ocultaba a todos y también a ella. El odio hacia Enopión, que lo había cegado y había conseguido huir de su venganza, la traición de su propio padre, que ocultó a su mayor enemigo, la pérdida de su único y verdadero amor, Mérope. La mirada de Orión era puro odio.

El héroe beocio acabó con su presa con la misma precisión y rapidez con la que un cazador experto acaba con una liebre. Satisfecho su ardor, se levantó liberando el cuerpo desnudo de la antes doncella y la abandonó entre la tierra

húmeda del camino sin ni siquiera dedicarle una mirada misericorde. Se dispuso, como si nada hubiera sucedido, a seguir su camino hacia el este.

Fue entonces cuando vio a Ártemis.

◇◇◇

La diosa surgió del frondoso bosque sin hacer el más mínimo ruido, como la diestra cazadora que era. Orión la encontró frente a él, sin tiempo a reaccionar. Sus bellos y letales ojos estaban ya clavados en los suyos. Pero la inmortal siguió caminando, dejando al cazador tras ella. Se dirigió hacia Opis y con parsimonia y dulzura fuera de toda mesura, la alzó del suelo y recompuso sus ropajes. Orión permanecía congelado en medio del camino, sin saber a qué atenerse.

—Opis, sigue el camino hacia el claro, allí encontrarás a tus hermanas. —La voz de Ártemis era como el arrullo de un afluente, como la melodía nocturna de un bosque—. Ve, Opis. Enseguida me reuniré con vosotras.

La diosa observó con benevolencia a su doncella mientras esta se alejaba deshaciendo los pasos que la habían llevado a aquel trágico paraje. Hasta que la efigie de Opis no se hubo desvanecido tras un recodo del camino, la señora de las bestias no dirigió su mirada al cazador beocio.

—¿Qué has hecho, Orión? ¿Cómo has osado tomar lo que a nadie pertenece? ¿Cómo te has atrevido a mancillar el buen nombre de mi doncella y, por extensión, el mío?

—No tengo disculpa. —El cazador enfrentó la colérica mirada de la diosa henchido de orgullo—. Pero debes saber que ella lo deseaba tanto como yo. ¿Por qué si no me ha provocado durante…?

—¡Calla! ¡Ten la decencia de ocultar tus míseros pensamientos y no revelarlos en palabras rastreras!

—No te temo, Ártemis, que se deleita con flechas.

La diosa inspeccionó con soberbia al cazador de Beocia. Lo hizo largamente y sin mediar palabra. Después de largos instantes, sonrió.

—Es cierto, hijo de Poseidón. A nada temes. Esa será tu perdición. —La diosa señaló hacia el norte—. A poca distancia en esa dirección, hay un pozo, y en ese pozo hay una bestia gigantesca, cruel, sanguinaria. Tan temible es que nadie ha sido capaz de enfrentarla siquiera. Ni tú, bello cazador entre cazadores, lo conseguirás. —De nuevo Ártemis alargó deliberadamente un silencio—. ¿Te atreverás a intentarlo, Orión, que a nada temes?

El mortal clavó sus ojos en los de la diosa. La estratagema era obvia y la cazadora no intentaba ocultarla. Era una trampa, como las que se usaban para dar cuenta de zorros y conejos, enviarle a una cacería tan desatinada y desesperada que ni siquiera él pudiera tener éxito, apelar a su orgullo y su bravura para que no fuera capaz de negarse. Orión debió de reconocerlo con admiración: era la trampa perfecta.

—Cazaré esa bestia o perderé la vida en ello, Ártemis.

El cazador se dio la vuelta sin esperar más respuesta y se adentró en el bosque. La diosa sonrió complacida mientras observaba cómo el héroe se dirigía hacia una muerte cierta.

El viaje de Orión hacia aquel pozo duró varios días. En algunos momentos el cazador llegó a preguntarse si debía abandonar, quizá la venganza de la diosa tan solo consistía en reírse de él y tenerlo caminando durante semanas. Pero en el fondo de su corazón sabía que una burla no era pena

suficiente para la afrenta que había cometido y que solo la muerte —la suya o la de la bestia— zanjaría aquel asunto. Así que perseveró y siguió adelante.

Aunque no pudiera percibirla, Eos lo acompañó durante aquel viaje. La titánide estaba tan convencida de su propia decisión de no intervenir en aquella hecatombe que su ánimo se había encallecido hasta el punto de no saber ya si era odio, amor o indiferencia lo que sentía por el hijo de Poseidón.

Finalmente, Orión llegó al pozo. No había duda de que aquel era el sitio. A pesar de todos los lugares en los que había estado y de todas las bestias a las que había dado caza, jamás había visto una madriguera de aquel tamaño, pues aquello no era un pozo, un cazador lo percibía al instante, sino el hogar de un monstruo gigantesco.

Aquel agujero perfectamente circular gozaba de varios metros de diámetro y se hundía directamente en la roca viva. Asomándose al mismo, podía observase cómo, a poca profundidad, el foso detenía su caída y se transformaba en un pasillo horizontal. Orión había visto aquella estructura antes, aunque a una escala mucho menor. Sin duda, era la guarida de un escorpión.

Al cazador no le fue necesario hacer acopio de coraje. Los días de travesía lo habían obligado a asumir que al final del trayecto le esperaba su propia muerte. Y ante aquel seguro final, solo cabía el valor más descarnado. El soberbio beocio descolgó la lanza que llevaba a la espalda, se cuadró orgulloso frente al pozo y golpeó la roca con poderosos golpes.

—Sal, criatura. Mi nombre es Orión de Beocia, hijo de Poseidón y Euríale. He venido a darte muerte.

En aquel primer momento previo a la batalla solo hubo silencio, pero, en breves instantes, unos sonidos atronadores empezaron a surgir del pozo. Orión retrocedió algunos pasos, aún encarado a la salida de la cavidad. Pronto vio asomar a la estremecedora criatura: primero sus dos tenazas, negras como la oscuridad del Averno, luego el poderoso tronco acorazado y las abominables patas, y ya, finalmente, el arco erecto de la cola, con el aguijón enroscado repleto de ponzoña. Era un escorpión, un escorpión gigantesco.

Orión aferró con fuerza su lanza y la disparó sobre el monstruo en cuanto percibió que había salido del todo de la madriguera. El escorpión intentó detener el avance del héroe con sus pinzas delanteras, pero fracasó, permitiendo al beocio encaramarse a su tronco y clavar la lanza con un golpe seco.

Así comenzó un combate cuyo relato pasaría de padre a hijos, un combate que se convertiría en leyenda. Las fuerzas de héroe y monstruo estaban terriblemente igualadas. El poderío físico de Orión de nada le valía frente al descomunal tamaño de la criatura. Su lanza no hacía mella en su coraza impenetrable y esta, pese a su bestialidad, era lo bastante astuta para proteger siempre sus escasas partes blandas. En cuanto a Orión, administraba con tanta gracia y agilidad sus movimientos que se le hacía imposible al tremebundo escorpión acertarle con su puntiaguda cola.

El pasar de las horas trajo el cansancio de los combatientes. Poco a poco las fuerzas de hombre y bestia se reducían. Orión sangraba con abundancia. Aunque la criatura no había logrado acertarle, sus afiladas pinzas habían rozado en más de una ocasión el cuerpo del beocio, horadando su

piel. Por su parte, Orión había logrado varias veces insertar su lanza entre las junturas de la coraza natural del escorpión, pero en ninguna de ellas había conseguido hundirla hasta alcanzar algún órgano vital que diera muerte a su contrincante.

Eos seguía observando aquel espectáculo sanguinario sin lágrimas ya que derramar, sin sentimientos ya que pudieran conmover su ánimo. Aunque había presagiado la tragedia que se avecinaba, jamás hubiera pensado que cobrara aquella forma. De repente advirtió una presencia en los alrededores. Otro eterno que, al igual que ella, utilizaba la prerrogativa de los dioses para pasar inadvertido. Eos usó su propio don para vislumbrar a través del encanto, como quien mira a través de una caída de agua, apartando el torrente.

Un temor reverencial se apoderó de ella cuando descubrió de quién se trataba. No era otro que Zeus, el Crónida, el amontonador de nubes. El rey de todos los dioses le dirigió una sonrisa benéfica y se aproximó a ella. La titánide no osó pronunciar palabra hasta que lo hiciera aquel que era padre de todos.

—Jamás había presenciado un combate tan magnífico como este. ¿Conoces acaso al héroe que combate a la brava criatura?

—Lo conozco bien. —Eos midió cada una de sus palabras.

—Entiendo. —Zeus parecía hipnotizado por la lucha—. ¿Lo amas?

—Hasta la muerte.

Titánide y olímpico siguieron observando la batalla en silencio. Tras largas horas, se avecinaba el final. Héroe y monstruo habían agotado su ímpetu; los errores se acumulaban,

los movimientos se alargaban, las estrategias se vencían. Finalmente, en un acopio final de fortaleza, Orión logró encaramarse sobre una de las patas del engendro y clavar su lanza entre la pieza que separaba tronco y cabeza. Dispuesto ya a arriesgarlo todo, impulsó de nuevo la lanza, aún a sabiendas de que, si no mataba a la criatura al instante, cualquier movimiento del monstruo quebraría su única arma.

La lanza se insertó en la piel bajo la coraza y cruzó de lado a lado el cuerpo, que cayó fulminado. Orión observó el cuerpo de la criatura con misericordia, casi con admiración. Extrajo la lanza del cadáver, la alzó hacia los cielos y emitió un grito agónico de victoria. El gesto de conquista le hizo dar la espalda al monstruo y el héroe no pudo advertir que la bestia aún mantenía un último soplo de vida. La cola fue demasiado rápida, demasiado certera y, apenas Orión había percibido el movimiento, el aguijón ya se había clavado en él: el veneno corría ya por su cuerpo.

Orión cayó de hinojos, sintiendo cómo la muerte se esparcía inmisericorde por su cuerpo. En pocos instantes, se derrumbó extendido junto a la bestia. Hombre y monstruo yacían uno junto al otro, únicas pruebas materiales de aquel épico combate que había atraído al mismísimo monarca del Olimpo.

Hasta que no vio caer el cuerpo de Orión, Eos no se permitió llorar. Corrió hacia el cuerpo del gigante y lo tomó entre sus brazos, aferrándolo con desesperación. El hombre al que amaba, aquel bello y magnífico beocio acababa de perder la vida, liberándola así de aquel pesar en el que se habían convertido sus días. Ahora entendía que había sido lo mejor. Sin su muerte, hubiera sido prisionera siempre de aquel amor desmesurado y salvaje que solo atraía miseria.

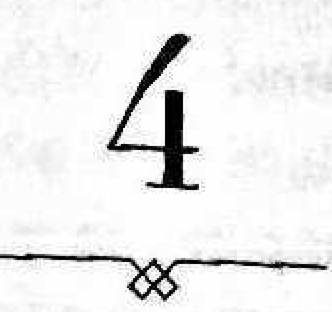


La titánide tomó el cuerpo de Orión entre sus brazos, aferrándolo con desesperación.

Pero a Zeus nada le importaban las lágrimas de la titánide. Seguía observando los cuerpos inertes de los combatientes y negaba con su poblada testa.

—Esto no debe acabar así —musitaba para sí mismo el olímpico—. No es justo que nadie más que yo pueda recordar esta magnífica liza.

El olímpico se desvaneció. Instantes después, Eos, atónita, vio que los cuerpos de Orión y el escorpión se alzaban en el aire empujados por una fuerza sobrenatural. A medida que se izaban ganando metros, el cielo se oscurecía con celeridad y en pocos momentos, lo que había sido día se había convertido en estrellada noche. A medida que se elevaban, los cuerpos se agigantaban y, a la vez, perdían solidez, volviéndose etéreos, como transformándose en un sueño. Cuando llegaron a la misma bóveda del firmamento eran ya un conjunto de estrellas.



Desvelos etíopes

El joven príncipe troyano cabalgaba despreocupadamente. Conocía bien los prados y humedales que rodeaban la ciudad de Troya y, cuando el resto de sus obligaciones se lo permitían, pasear por aquellos parajes en soledad era uno de los momentos de mayor goce que le podía procurar la jornada. El sol de mediodía caía con suavidad sobre colinas y árboles, otorgándoles tersas sombras que invitaban al descanso. Titono, no obstante, continuó su camino. No había motivo para alargar más su ausencia en palacio y provocar la ira del rey Laomedonte, su padre.

Titono desconocía que era espiado por la titánide de la aurora durante aquel paseo. En realidad, llevaba semanas siendo observado en secreto. La titánide, envuelta en un halo de luz que la hacía invisible a los ojos mortales, hacía mucho tiempo que se interesaba por las actividades de aquel héroe troyano de deslumbrante belleza. Eos quería ser prudente.

Aún reciente en su recuerdo estaba su amorío con Orión, el sufrimiento que este le acarreó y su trágico final. No pretendía repetir las mismas faltas en esta ocasión.

Era esa la razón por la que cuando, hacía semanas, vio por primera vez al joven príncipe cabalgando con su padre por los alrededores del palacio, contuvo el anhelo desenfrenado de poseer el cuerpo y el amor de Titono. En esta ocasión, Eos se había prometido a sí misma retener aquel impetuoso sentir hasta conocer con certeza qué ánimos se ocultaban tras la mirada de aquel mortal; saber cuán puro era su corazón.

Por ese motivo lo espiaba y por ello también estaba a punto de iniciar el sutil ardid que probaría definitivamente el valor y la calidad de los sentimientos de la beldad troyana. Abandonó etérea la compañía de Titono y rauda se adelantó por el camino hasta encontrar a Faetonte, que pastaba indiferente. Era Eos la que había dejado allí al albóreo potro. Era el lugar ideal: junto al camino y justo en la linde de un pequeño bosquecillo que ocultaba un fresco lago en su interior. La titánide acarició brevemente el lomo del corcel y se adentró entre los árboles.

Al poco llegó Titono. Su mirada quedó presa por la visión del bello corcel. Aunque la de azafranados velos había enmascarado la presencia sobrenatural del animal, Titono no pudo dejar de admirar aquel magnífico ejemplar. Descabalgó y se acercó a la bestia, que mansamente se dejó acariciar por el troyano. El príncipe se preguntó a quién podría pertenecer, pues conocía bien a todos los prohombres de Ilión y nunca había visto un animal de tamaña hermosura. Quedaba claro que, fuera quien fuera el jinete, debía de haber dejado al caballo pastando mientras se adentraba en

el pequeño bosque, quizá con idea de refrescarse en el lago. Titono decidió emprender el mismo camino.

Allí la vio, junto al lago. La mujer yacía totalmente desnuda, presa del confortador sueño. Su cuerpo aún goteaba sobre la hierba del claro y su dorado cabello se extendía como una alfombra de oro junto a ella. Aunque Eos había disimulado su apariencia divina, el primer pensamiento de Titono al verla fue que su nívea piel y su áurea cabellera eran tan hermosos como el sol abriéndose camino entre el mar al alba. El príncipe se acercó a ella.

Los ojos cerrados de la diosa, que simulaban el sueño mortal, no le impedían observar con detalle todo lo que sucedía. Así vio como el príncipe apartó con prudencia la mirada de su hermoso cuerpo desnudo y sin titubeo alguno descolgó su capa y la posó con delicadeza, cubriéndola.

—Despierta, hermosa joven —susurró Titono para no sobresaltar a la desconocida—. No te asustes, te lo ruego.

La bella mujer fingió sorpresa ante la presencia del príncipe. Y como si estuviera recién surgida del sueño titubeó incapaz de encontrar las palabras adecuadas para aquel momento.

—Nada debes temer de mí. Soy Titono, hijo de Laomedonte. Aunque estas tierras son seguras, una mujer de tal hermosura no debería viajar sola. Permíteme, pues, que te escolte a tu destino, sea cual sea este.

Eos miró arrobada al joven troyano. Escuchó embelesada aquellas amables palabras. Ahora, inflamada por el amor, sentía también vergüenza por su pérfido engaño y no encontraba ya sentido en proseguir con la mentira. Con un leve gesto, hizo caer el velo mundano que la cubría y permitió que el mortal la contemplara en su auténtica esencia. Titono

retrocedió atemorizado y extasiado al tiempo. La belleza de la titánide de la aurora se desvelaba ante sus ojos.

—¿Quién eres? —La voz de Titono temblaba como las hojas del roble azotadas por Céfiro.

—Soy Eos, la hija de la mañana. —Las palabras de la titánide sonaban regias—. Hoy has actuado bien, hijo de Laomedonte. Y eso me complace.

Titono no alcanzó a comprender qué sucedía. Quiso contestar a aquella beldad de ojos garzos que se había dignado a mostrarse ante él, pero era demasiado tarde. La imagen de Eos se desvanecía frente a sus ojos.

—Espera, Eos —exclamó Titono, atormentado—. ¿Cómo puedo volver a verte?

No hubo respuesta. El príncipe troyano se sentó en el herbazal justo en el mismo lugar en el que yacía la diosa momentos antes. Sus dedos tocaron la hierba húmeda. Solo eso y el recuerdo le quedaban de aquel extraordinario encuentro.

∞

Eos decidió tumbarse en la hierba mientras lo esperaba. Era una noche despejada y desde aquel claro, en la cima de la colina, se observaba el cielo estrellado en toda su amplitud. Al instante, los recuerdos de las últimas semanas acudieron a su mente y se dejó arrebatar por ellos. A aquel lejano primer encuentro con Titono muchos más le habían seguido. Jamás la titánide le había revelado al príncipe sus intenciones y, al contrario, había fingido que era la casualidad o los designios del propio Zeus lo que motivaba que sus caminos se unieran una y otra vez. Poco a poco, Eos abandonó el fingimiento y lo que era esporádico se convirtió en frecuente. Ya no había

noche en que titánide y príncipe no se encontraran en aquel claro del bosque que habían convertido en lugar predilecto de sus reuniones.

El sonido de unos pasos que se aproximaban al claro sacó a la diosa de sus cavilaciones. Se incorporó a toda prisa y con rápidos ademanes se preparó para la llegada del esperado amigo. Se volvió con una sonrisa justo a tiempo para presenciar la salida del troyano de la espesa y oscura arboleda. Justo antes de saludarlo, Eos pensó que quizá aquella fuera la noche definitiva.

Titono le devolvió la sonrisa a la titánide mientras se aligeraba de sus pertrechos de caza y los colocaba ordenadamente en el linde del claro. Eos no pudo evitar observar encandilada al héroe. Su cabello negro y rizado, sus ojos verde claro y aquel cuerpo poderoso y viril, propio de aquellos que dedican su vida a las artes de la guerra; sin duda era uno de los hombres más bellos que jamás hubiera ofrecido la Hélade.

—¿De nuevo quieres hacer creer a los tuyos que partes en mitad de la noche en pos de quién sabe qué extrañas piezas de caza que nunca cobras porque siempre vuelves de vacío? —Eos acompañó la chanza con una sonrisa traviesa.

—Me menosprecias, titánide. Debes saber que hay unos fieles criados cazando en estos mismos momentos a alguna desventurada bestia para que el hijo del rey pueda volver victorioso de sus aventuras nocturnas.

Ambos se rieron, cómplices en aquel delito inocente. Tras ello, y como casi en cada una de aquellas veladas, Titono le preguntó a Eos qué nuevas maravillas había presenciado en su triunfal cabalgada sobre la Hélade mientras llevaba al mundo la luz del alba. Y aunque era cierto que para Eos

nada tenían de excepcionales aquellos cotidianos trabajos, los relató, adornándolos en lo posible, para deleite del príncipe troyano. A la titánide le producía un inexplorado placer sentir la mirada atenta de Titono durante aquellos encuentros. Singularmente, esta vez Titono, que solía colmarla de preguntas y comentarios, se mantuvo en silencio incluso cuando la inmortal acabó su relato.

—Debo confesar algo, augusta titánide. —La voz de Titono había adquirido tintes solemnes—. Y para hacerlo, me temo que habré de ser tan arrogante que merecería ser fulminado por un rayo de Zeus por solo atreverme a pensarlo.

—Habla con libertad, bello Titono. Me tienes intrigada —intervino la titánide, súbitamente azorada.

—Sé que hablo sin derecho a hacerlo, pero debes entender que no tengo más opción si es que pretendo que algún día descanse mi alma de este desvelo. —El troyano hizo una pausa y clavó su mirada en la de la diosa—. Te amo, Eos. Sé que soy simplemente un mortal y que no me ampara...

—Cállate. —La titánide posó con delicadeza su dedo índice sobre los labios del troyano—. Te puedo asegurar que no me amas más de lo que yo te amo a ti.

Eos había contenido el deseo durante demasiado tiempo para refrenarlo ni un instante más, ahora que Titono había revelado su amor. Los labios de la titánide se estamparon en los de su amante y apenas un momento después sus dos cuerpos desnudos yacían el uno sobre el otro en aquel claro que había sido testigo de tantas palabras y miradas de deseo escamoteadas.

Finalizada la lid amorosa, los dos amantes permanecieron tumbados sobre la hierba mullida, con sus cuerpos ensortijados, intercambiando caricias y dulces susurros. Hasta que Eos, de improviso, se alzó con decisión mientras miraba risueña al troyano.

—¿Ya me abandonas, dulce diosa? ¿Acaso he dicho algo que te ha contrariado?

Eos observó largamente al mortal, como si esperara que aconteciera algún evento que no acababa de manifestarse. Repentinamente, los fieles potros de Eos aparecieron tirando del áureo carro sobrevolando la arboleda que les rodeaba. Eos esperó a que se posaran en el claro antes de hablar y decir lo que tanto tiempo llevaba anhelando expresar:

—Ven conmigo a Etiopía, bello Titono. Disfrutemos de nuestro amor para siempre en las tierras australes.

—Dulce Eos —Titono se sentía abrumado—, no hay cosa en el mundo que agradara más a mi ánimo que unirse a ti en la lejana Etiopía y no abandonarte jamás. Pero debes entender que tengo obligaciones que no puedo olvidar para huir contigo a gozar del amor.

Los dos amantes se mantuvieron en silencio con sus miradas temerosas de enfrentarse la una a la otra. A su alrededor, tan solo la oscuridad aterciopelada iluminada sutilmente por las artes de Selene. Durante un largo momento, no se oyó nada más que el cantar de los grillos y el chirriar ocasional de alguna lechuza.

—¿Y si te raptara? —Una nueva luz iluminaba la mirada de Eos—. ¿Y si te llevara a mi palacio etíope y te obligara a amarme para siempre?

—Jamás me atrevería a contrariar tu voluntad, bella titánide. ¿Quién es un mortal como yo para oponerme a los dulces designios de la diosa de la aurora?

Eos agarró fuertemente la mano del héroe troyano y lo condujo hasta el áureo carro. Titono la miraba con arrobamiento, hechizado por la belleza de la titánide y el puro amor que emanaban sus azulados ojos. Los amantes se contemplaron el uno al otro como si se descubrieran por primera vez. Los potros relincharon, celebrando el momento con entusiasmo.

—A Etiopía, mis fieles Lampo y Faetonte.

Eos observó el horizonte mientras el carro se elevaba. Su amado Titono asía aún su mano. La titánide se sentía henchida de amor y con el pleno convencimiento de que esta vez había actuado de manera correcta. El amor no sería ya una condena sino la dicha que siempre debería haber sido.

◇◇◇

Jamás fueron las jornadas tan felices para Eos como aquellos largos años en la lejana Etiopía. Aquella bella tierra salvaje bañada por el perenne regalo de Helios fue testigo de cómo Eos y Titono convirtieron su indómito amor en una devoción duradera que parecía tener que continuar para siempre.

Titono rápidamente adaptó sus costumbres a su nuevo hogar y a su nuevo papel como consorte de la titánide. Las obligadas ausencias de Eos no resultaban gravosas para el príncipe, que en breve tomó como propósito convertir aquellas tierras agrestes en un verdadero reino que poder sumar a la gloria de la estirpe de Troya.

Así pasaban sus días los amantes, alternando amor y obligaciones y disfrutando, sin más novedad que el pasar de los días, de aquel amor correspondido en los confines del mundo. Como no podía ser de otra manera, el amor dio sus frutos y



Eos agarró fuertemente la mano de Titono, que se dejó guiar hasta su áureo carro.

Eos quedó encinta en dos ocasiones, trayendo al mundo a dos hermosos varones, Memnón y Ematión, que pronto se convertirían en una alegría más en la bienaventurada vida de la titánide y el príncipe troyano.

La dicha era tan inmensa que, como sucede a menudo, el tiempo se escurría inadvertido entre los dedos y los días se convertían en semanas y las semanas en años siendo el único indicio de ello el crecimiento de sus dos hijos, que pronto se convirtieron en orgullosos jóvenes capaces de realizar portentosas hazañas.

Uno de aquellos días, Titono y Memnón, el primogénito, entrenaban el arte de la lanza y el escudo en uno de los patios del palacio. Eos, sentada en el pórtico frente a los varones, observaba atenta el amistoso combate entre padre e hijo, como tantas otras veces había hecho durante aquellos años.

Memnón tenía ya dieciséis años y había heredado la fortaleza física de su padre. Aunque más enjuto que su progenitor, y también que su hermano, compensaba su falta de peso con una tremenda destreza en el manejo de las armas. Lanzas y escudos entrechocaban mientras los dos guerreros danzaban alrededor del otro en busca de un punto débil donde iniciar la acometida.

Fue Titono el que lanzó el escudo con un potente movimiento destinado a abrir la guardia de su hijo. Mas este leyó con sabiduría el movimiento del padre y lanzó su propio cuerpo hacia el lado contrario al ataque, golpeando con su égida y desequilibrando a Titono. Antes de que el padre se diera cuenta, la pica del hijo marcaba ya su garganta, poniendo fin al ejercicio. Titono sonrió y se aferró a la mano que Memnón le ofrecía.

—No sé si sentirme desgraciado por la derrota u orgulloso por lo buen alumno que eres. —Titono golpeó cordialmente el brazo del muchacho.

—Me adulas, padre. Sabes bien que ha sido suerte. Tengo mucho que aprender.

—En efecto, pero aprendes rápido y bien.

El joven Memnón dejó el patio tras despedirse de su madre con un beso. Eos observó a Titono mientras este colocaba las armas en sus soportes. El troyano advirtió la mirada de Eos y acudió a sentarse junto a ella.

—No sé si apruebo que engañes a nuestro hijo dejándolo vencer cuando no lo merece —dijo con mirada severa la titánide.

—¿Qué? —Tras la sorpresa, el troyano rompió a reír—. A veces, a los eternos les cuesta entender los asuntos de los mortales, ¿no es cierto?

—No entiendo qué pretendes decirme, Titono. —Eos parecía desconcertada.

—No he dejado ganar a Memnón; el muchacho es ya todo un hombre y su padre ya no es el guerrero que era antes. Me hago viejo, Eos. Y tú siempre te mantienes tan bella como la luz de la aurora de la que eres dadora.

—Sé que tu belleza se transforma, bello Titono. —Eos sonreía amorosa—. Tus cabellos empiezan a tener el color de la nieve y aparecen esos dulces surcos alrededor de tus ojos. Pero eso solo te hace ganar en dignidad y sabiduría, amor mío.

Titono escudriñó el rostro de la titánide advirtiendo en la levedad de su expresión que Eos no comprendía la gravedad de lo que él pretendía expresar. Tomó su mano y le habló con serenidad.

—Eos, debes entender que el tiempo pasa para los mortales. Envejecemos y morimos. Llevamos juntos veinte años ya, veinte años que han pasado raudos como si hubiesen sido veinte días, amor mío. Estamos ya a mitad de camino; quizá con suerte nos queden otros veinte años de felicidad antes de que el caprichoso Tánatos venga a buscarme.

Eos se levantó súbitamente; sus ojos engrandecidos por la sorpresa, su rostro tomado con brusquedad por el pavor más inmenso. Jamás Titono había visto así a la titánide, jamás había visto el miedo en aquel rostro de rasgos tersos y armoniosos. Las lágrimas se deslizaban por las sonrojadas mejillas.

Eos se cubrió el rostro con las manos justo antes de que el llanto quebrara su respiración. Titono intentó abrazarla, pero la diosa rechazó con rudeza su abrazo. Se dio la vuelta y con paso vigoroso salió del patio en dirección al exterior del palacio.

La titánide cubrió presurosa la distancia que separaba el palacio de los establos. Era incapaz de controlar su llanto, ahora ya desatado, pero ya no se cubría el rostro, sino que lo dejaba brotar en libertad. Armó los arreos del carro con decisión.

La impotencia había dejado lugar a la furia. Eos no era una simple mortal, era una titánide, hija de Hiperión y Tea, hermana de Helios y Selene, una fuerza de la naturaleza imparable. No iba a permitir que le fuera arrebatado lo que más amaba en el mundo, ni dentro de veinte años ni nunca. Hablaría, suplicaría, reclamaría a quien fuera necesario para evitarlo, incluso al mismísimo Zeus.

∞

Entre las densas nubes, Eos entrevió la nevada colina y los marmóreos palacios. Había llegado al monte Olimpo, hogar

de los dioses. Acuciada por una urgencia desesperada, la titánide había espoleado los caballos más que nunca. Sentía tal ardor en su pecho que no pensaba permitir que la vida de su amante se vaciara ni una sola gota más. Debía demandar la inmortalidad de Titono con apremio.

Aunque, al contemplar el Olimpo, Eos tuvo que reconocerse que también temía lo que pudiera acontecer allí. Su camino y el de Afrodita no habían vuelto a cruzarse desde aquel lejano día en que la titánide desafió a la diosa del amor y había recibido la más cruel de las maldiciones como resultado. Sabía que Afrodita estaría al tanto de cómo había logrado convertir aquella condena en gozo y temía cuál podía ser la reacción de la hija de Zeus.

Paró el carro frente al palacio del rey de todos los dioses y descendió con premura. Aunque había visitado el suntuoso conjunto que constituía la morada de los olímpicos en múltiples ocasiones, el asombro y la admiración hicieron de nuevo mella en su ánimo. Los altos techos y las esbeltas columnas de pulido mármol no dejaban indiferentes siquiera a una titánide.

Eos hizo acopio de valor, empujó las grandes puertas y avanzó con decisión por el inmenso pasillo que la conduciría a la sala del trono. Apenas había avanzado algunos pasos cuando oyó una voz que la llamaba desde una de las estancias contiguas. Era la voz de Afrodita.

—Saludos, Eos, la de rosados dedos. Sé bienvenida al palacio de mi padre.

Eos detuvo su avance y se volvió para contemplar a la diosa. La vio apoyada en el dintel de la estancia que acababa de sobrepasar con una copa dorada en la mano. Sonreía con

expresión amistosa y su sobrenatural belleza inundaba todo el pasillo al hacerlo.

—Saludos, Afrodita, la de los bellos dones. —Eos habló llena de recelo—. He venido a pedir audiencia a Zeus, padre de todos, pues debo suplicarle una gracia que espero me otorgue.

—Augusta Eos, permíteme que te invite a compartir este delicioso néctar conmigo. Sé que en el pasado hemos tenido desavenencias y pérfidas palabras. Todo ello ha quedado olvidado ya en mi espíritu y si bien no puedo resarcirte por los daños pasados, al menos consiente en disfrutar de un cordial momento en mi compañía. Luego hablaré con mi padre para que te reciba y así facilitaré tu ruego.

Eos aceptó la invitación de la diosa, olvidando en parte su desconfianza. Afrodita la hizo pasar a una suntuosa cámara donde ambas pudieron tomar asiento en sendos reclinatorios. El copero de la diosa acudió presto a servir néctar a Eos en una bella copa labrada en oro. La conversación tomó el curso de los asuntos triviales y ambas inmortales departieron amigablemente durante largo rato.

—¿Puedo preguntarte cuál es el asunto que te trae hasta el Olimpo?

—Puedes preguntarlo, bella Afrodita, pues tú y no otra eres la fuente de mis muchos desvelos. Debo confesarte que mi amor por Titono es tan poderoso que vengo a rogar al padre de todos que le conceda la inmortalidad y pueda así ser siempre mi consorte.

Quizá fuera debido al néctar que degustaba, pero Eos sintió cómo el amor que sentía por Titono la embriagaba por completo, como si creciera hasta límites inconmensurables y amenazara con desbordarse por completo.

—Digno propósito, sin duda —replicó la diosa con sensibilidad—, quizá el más digno de todos. Puedes contar con mi ayuda frente a Zeus soberano. ¿Qué mejor aliada para hablar del amor que yo misma?

Eos hacía grandes esfuerzos por intentar seguir la conversación de la diosa. Su mente, en cambio, luchaba por romper los grilletes de la realidad y escapar hacia el recuerdo amoroso. La titánide combatía consigo misma para poder ver y escuchar lo que sucedía a su alrededor, pero lo único que le importaba realmente eran aquellas imágenes de su amado que estallaban como fortuitos incendios en su cabeza: sus labios, su pelo rizado cayendo salvaje sobre sus ojos, sus poderosos músculos, su mirada tierna y dulce justo después de que la pasión relajara sus músculos. Eos se sentía morir de amor y a la vez revivir a cada instante.

—¿Te encuentras bien, Eos? —La sonrisa de Afrodita no ocultaba ya su perfidia—. Pareces acalorada.

—No, debo ir a ver a Zeus. No puedo esperar más. Si Titono muere, moriré con él. Mi amor por él es como el universo. No cabe en mí.

Afrodita escudriñó el estado de la titánide mientras le regalaba una dulce sonrisa. Vio que la mirada perdida de Eos era incapaz de centrarse en la conversación, que al levantarse trastabillaba y estaba a punto de caer. La titánide parecía haber consumido algún narcótico que aturdía el entendimiento y nublaba la razón. Afrodita sabía bien que aquella droga era el amor mismo. Atizar el fuego amoroso que ya existía en el interior de Eos y convertirlo en un incendio que la quemara desde su interior no había sido difícil para la nacida de la espuma.

—Sígueme, titánide. No te haré esperar ni un momento más. Cuando es el amor el que llama, hay que abrir inmediatamente la puerta.

Afrodita salió de la habitación seguida de Eos y ambas se dirigieron a la sala del trono a través de los marmóreos pasillos. Eos se sentía como si estuviera en un sueño.

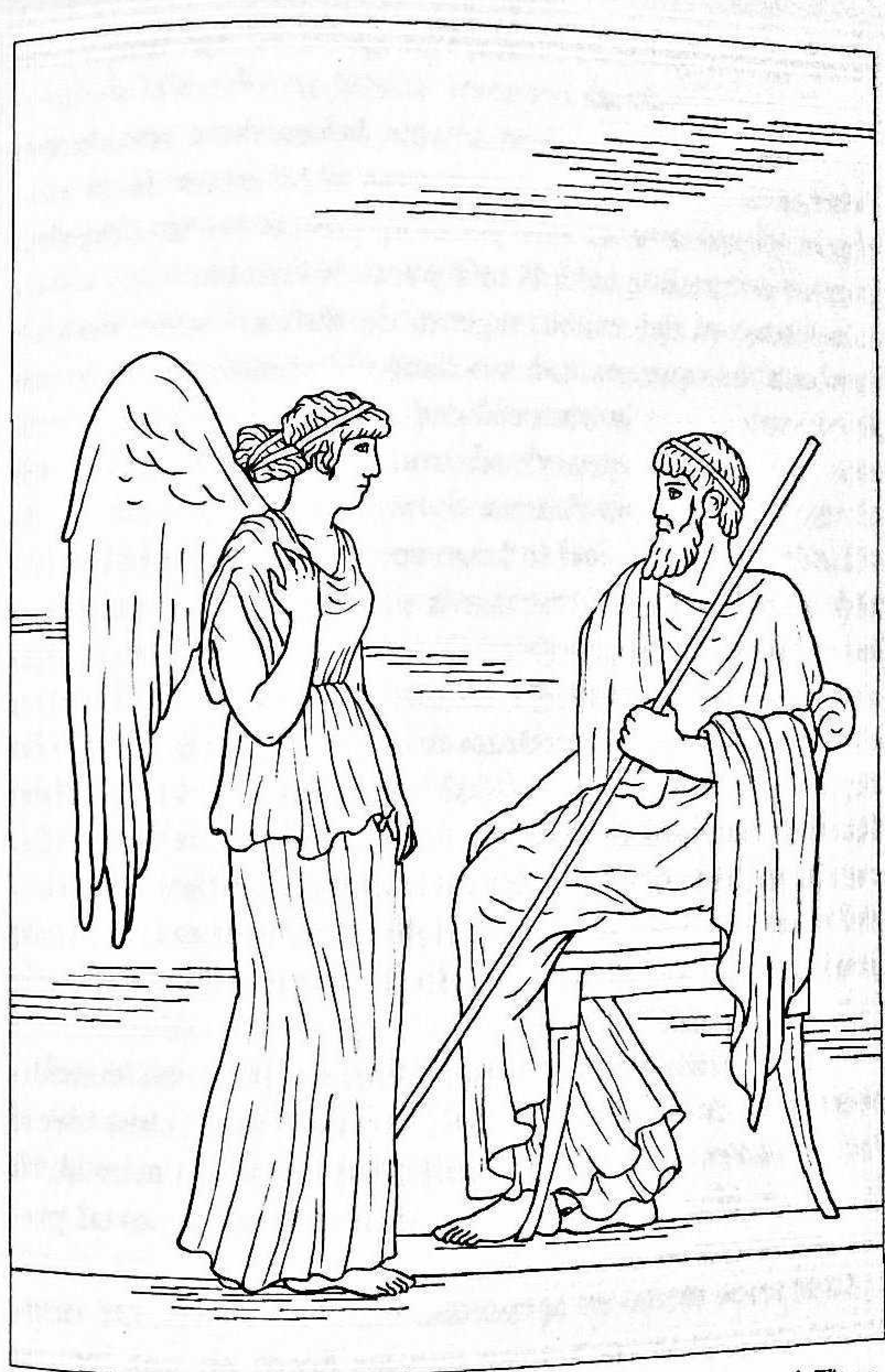
◇◇◇

Eos esperaba sentada en un sitial frente a las altas puertas de la sala del trono. Afrodita le había pedido que aguardara allí mientras ella hablaba con el poderoso Zeus. Pronto las formidables hojas se abrieron y dos criados ataviados con áureas túnicas le permitieron la entrada.

La titánide se sentía transportada a otro lugar. Su mente vagaba entre ensoñaciones amorosas y su corazón latía desbocado. Se sentía febril, pero sabía que esa fiebre era tan solo una manifestación de su amor inacabable por el príncipe troyano. Cuando entró en la magnífica sala del trono, con la diáfana bóveda cristalina y las magníficas y acrisoladas columnas que se perdían en la altura, no sintió escalofrío alguno. Sabía que tenía que conseguir que su amor fuera eterno y solo eso le importaba.

Avanzó hacia el trono. Allí la esperaba Zeus, con su regia figura presidida por su barba negra y ensortijada, cómodamente sentado en el alto trono con Afrodita en pie a su lado. Eos se aproximó al trono y cayó de rodillas.

—Oh, Zeus, poderoso padre de todos. Vengo para implorarte en nombre del desmesurado amor que siento por Titono que le otorgues el más preciado de los dones, la inmortalidad. Mi amado debe ser eterno para que así yo



Eos imploró al dios de los cielos que le concediera la inmortalidad a su amado Titono.

no tenga que perderlo nunca. Para que así él no tenga que abandonarme nunca.

—Titánide, álzate. —Aun amable, la voz del Crónida era potente como el trueno que rompe el silencio de la noche—. Vienes a hacer una petición y estás en tu derecho, pues tu estirpe es igual a la mía y somos familia.

—Como tú desees, oh, regente de dioses —dijo de Eos con una voz que era casi un llanto alucinado—, pero de nuevo te imploro la inmortalidad de Titono, mi vida es la suya y si no puedo tenerlo, de ningún servicio me es este aliento que anima mi cuerpo.

La titánide siguió con su largo ruego. Zeus, que había tenido múltiples encuentros con la portadora de las primeras luces, no salía de su asombro. ¿Qué le había sucedido? ¿Qué amor tan arrebatado podía ser aquel que convertía a una digna inmortal en una criatura implorante carente de todo orgullo e incluso de toda razón? Miró de soslayo a Afrodita. Recordó en aquel instante que su hija había tenido porfías con la hermana de Helios. La sonrisa complacida de la diosa del amor contemplando la terrible humillación de Eos le confirmó que todo aquello no podía sino ser obra de la más bella de sus hijas.

—Calla, titánide, te lo ruego —prosiguió Zeus cuando la titánide hubo silenciado su súplica—, no debes decir nada más. Te concedo lo que pides. Titono será inmortal, ni la edad, ni ningún arma que provenga de fragua mortal podrá acabar con su vida.

La titánide estalló en agradecimientos múltiples. De nuevo sus palabras se confundían con los lloros en una letanía difícil de descifrar. Una vez conseguido aquello por lo que

su amor suspiraba, Eos empezaba a retroceder con la intención de abandonar la sala, mientras se humillaba aún con numerosas reverencias.

—Eos, te pido que aguardes un momento. —Zeus había comprendido los ardides de Afrodita y la razón por la que había nublado la mente de Eos. Si bien no tenía intención de contrariar los deseos de su caprichosa hija, no podía menos que ser justo—. Te he concedido la inmortalidad de tu amante y padre de tus hijos. No morirá nunca, pero quizá hay otra petición que quieras hacerme, porque si no la haces ahora, no podré concedértela nunca más, titánide.

La portadora de la aurora miró al Crónida, confundida. En su mente imperaban ya las imágenes de la vida eterna y feliz que gozaría con el troyano. Ya había conseguido aquello que anhelaba: Titono sería inmortal y gozaría para siempre de su compañía. ¿Qué más podría querer? ¿Qué otra cosa existía en el mundo?

—No, victorioso Zeus. Nada más anhelo, y nada más anhelaré ya en toda mi vida inmortal. Mi agradecimiento no puede ser mayor, padre de todos.

—Intenta pues ser todo lo feliz que puedas —dijo Zeus, apesadumbrado.

Eos abandonó la sala del trono sin mirar atrás, sin observar la mirada reprobadora de Zeus a su hija, sin ser consciente de que había cometido el peor error de toda su vida.

5

Eternos retornos

Eos parecía ensimismada. La gran sala del palacio era todo bullicio, música y algarabía. Los invitados devoraban las sabrosas viandas y brindaban gozosos por la buena nueva. Habían llegado a Etiopía prohombres de toda la Hélade para la celebración. Y es que era una fiesta, se obligó a pensar la titánide; su hijo Memnón era ya rey de Etiopía. Su dulce niño se había convertido en hombre y ocupaba hoy el lugar que durante mucho tiempo fue reservado a su padre. Era un momento de dicha, se repitió Eos una y otra vez, de igual manera que se planta un retoño en tierra fértil para que arraigue y crezca fuerte. Pero era inútil. La titánide no se sentía alegre.

Observó a Titono. Departía alegremente con Príamo, su hermano, que había llegado de la lejana Troya exclusivamente para la ocasión. Se le veía liberado después del largo y solemne discurso en el que había abdicado en favor de

su hijo Memnón. El hasta aquel momento rey de Etiopía hacía tiempo que le había confesado a Eos su deseo de dejar las pesadas responsabilidades que la administración del reino conllevaba y, ese día, finalmente, aquel anhelo se había hecho realidad. Todos eran felices: Titono, Memnón, Ematión... ¿Por qué ella no conseguía serlo también? ¿Por qué ella solo podía mirar a Titono y observar las claras señales de la vejez en su marido?

Eos seguía hipnotizada por los rasgos de Titono. ¿En qué momento había sucedido aquello? ¿Qué lento e invisible proceso se había producido en el rostro y el cuerpo del antaño poderoso guerrero troyano? El cabello se había teñido del color de la nieve; el rostro, marcado por espontáneas cicatrices infligidas por el inmisericorde paso del tiempo; su vitalidad, absorbida por los abismos de los años. Titono era ya un anciano y Eos no se había percatado de cuándo había sucedido. El engaño de Afrodita hirió de nuevo su corazón a través del recuerdo. Las consecuencias de aquella burla de la hija de Zeus durarían para siempre.

—El hecho de que estés siempre hermosa, incluso con el ceño fruncido —Titono se había acercado a la diosa con talante festivo—, no es motivo, mi amada titánide, para que te esfuerces en mantenerlo así.

Eos sonrío al troyano y le besó los labios. Sus ojos se encontraron y se reconocieron en aquel encuentro. La diosa se dejó seducir para unirse a la fiesta con los demás, como tantas otras veces había hecho. Ocultó el recuerdo de la aciaga visita al monte Olimpo y las consecuencias que había tenido en lo más hondo de su corazón, y se dispuso a divertirse con los demás.

La celebración fue larga y los invitados tardaron en caer rendidos bajo los efectos de los frutos de Dioniso. Pero finalmente, Titono y Eos pudieron retirarse a sus aposentos y huir de todo aquel alegre alboroto.

—Hecho está —Titono parecía satisfecho—, mi dulce esposa. Ya no soy el rey de Etiopía. Se acabaron las guerras y los pleitos; nadie vendrá ya más a mí en busca de consejo. ¡Ahora soy todo tuyo!

La tristeza de la diosa se desvaneció frente a la dicha del héroe troyano como si fuera una niebla matutina que es arrastrada por el viento del norte. Impulsada por esa nueva alegría, besó a su amante no una sino repetidas veces y los besos abandonaron los labios para deslizarse hacia el cuello y el pecho. Con urgencia, las manos de la diosa se movieron entre juntas, cierres y pliegues para retirar de su amante todos aquellos suntuosos ropajes. Siguió besando aquellos músculos, antaño prietos y bronceados y ahora blanquecinos y marchitos, sin reparar en la transformación que se había obrado en ellos. Jamás había amado a nadie tanto como a aquel troyano y los estragos que el tiempo había efectuado en su cuerpo no eran una barrera para el inmenso amor que latía en el pecho de Eos. Pero pronto sus besos se detuvieron al advertir que el cuerpo de su amante no acompañaba su arrebato. Las miradas de los esposos se encontraron.

—Eos, tu hermosura está más allá de toda duda, lo sabes bien.

—Calla, mi bello Titono —interrumpió dulcemente la titánide—. Acompáñame al lecho.

Ambos se tumbaron. Eos se ciñó fuertemente al cuerpo del troyano y cerró los ojos. En silencio suplicó para que el

sueño acudiera veloz a su encuentro. No quería echarse a llorar en los brazos de su amado Titono.

◇◇◇

Los años pasaron plácidos y dichosos en el reino de Etiopía. Eos apaciguó sus deseos y consiguió así alargar aquella felicidad beatífica que habían conseguido y no malograr con nefastos augurios el momento presente, aún fecundo en amor y frutos. Memnón siguió reinando con orden y justicia, tal como había hecho su padre, y Ematión, su hermano, se hizo cargo del recién conquistado reino de Arabia, que igualmente gobernó con buen criterio.

Pero toda aquella placidez acabó cuando una tarde, Eos, siempre de un dormir escaso, ligero y sin imágenes que la perturbaran, tuvo un sueño al que rápidamente atribuyó carácter premonitorio. Las imágenes eran vívidas, tanto que jamás la titánide había experimentado algo parecido. En él, aparecía un ave negra, aunque regia en sus movimientos, que se deslizaba por los cielos con armonía y mesura. Todo era gracia en el vuelo de aquella ave a la que el sueño ofrecía el vasto atardecer en todo su esplendor.

Y sin más aviso que el impacto primero, otro pájaro, de igual tamaño y color se lanzaba sobre ella y le clavaba con violencia el pico en el costado. La primera ave, herida de muerte, caía sin vida al suelo. Mientras, lo que antes era un bosque idílico se había convertido en voraz incendio. Las llamas parecían consumir el mundo entero y también el cadáver del pájaro era devorado por ellas. El ave agresora, sin embargo, volaba orgullosa entre el humo, emitiendo graznidos, como si se jactara de su victoria.

Pero de repente un nuevo pájaro oscuro apareció en escena y atacó al vencedor de la anterior lucha. En un instante, centenares de aves umbrías llenaban el cielo atacándose unas a otras en un sinsentido de sangre y muerte. Todo el universo había sido reducido a dos colores: el negro de aquellos pájaros que se atacaban entre sí y el rojo de la sangre y el fuego que devoraba el bosque. La titánide despertó con un grito que era casi un aullido de dolor.

—¡Memnón!

Eos se levantó presurosa del lecho. Los criados le informaron en el breve trayecto hacia su carro que Titono estaba en el palacio de Memnón atendiendo diversos asuntos en ausencia de este. Eos decidió mientras preparaba el viaje que no había tiempo que perder. Hasta entonces nunca había tenido sueños premonitorios y aunque las imágenes podían parecer crípticas, para ella no cabía duda alguna: la vida de su hijo Memnón estaba en peligro.

El carro se alzó y la titánide arreó con vehemencia a sus fieles potros. Tanto Memnón como Ematión habían partido hacía ya años a la guerra para ayudar a su tío Príamo en la defensa de la ciudad de Troya. Durante aquel largo tiempo, jamás había sufrido Eos por la vida de sus hijos. Ambos eran fuertes y bravos guerreros, a semejanza de su padre. Pero tras aquel sueño, la congoja se había apoderado de su corazón y el profundo pesar que sentía tenía un nombre propio, el de su primogénito Memnón.

La titánide condujo su carro por encima de innumerables ríos, montañas y bosques. Arreaba constantemente a sus potros y los azuzaba con palabras de ánimo. No sabía qué poder le había enviado aquella inquietante visión, pero,

si se trataba de un sueño profético como sospechaba, debía apresurarse si quería salvar la vida de su hijo.

◇◇◇

Desde lejos observó la magnífica Troya, conocida también por muchos como Ilión. Eran sus formidables murallas pétreas lo primero que se apreciaba en la lejanía. Luego, ya nada más podía distinguirse de la suntuosa ciudad, porque al acercarse la vista era atraída por los miles de hombres que se batían en brutal batalla frente a las murallas. El brillo de los yelmos y escudos bajo el sol exangüe de la tarde, el sonido del entrechocar de metales, los gritos de agonía y victoria, la sangre derramada formando pequeños charcos que pronto eran absorbidos por la arena. Jamás la humanidad había visto guerra tan larga y brutal como la que acaecía frente a las murallas de Ilión.

Eos usó su don y su carro se desvaneció en el aire para los ojos de cualquier mortal que hubiera osado levantar la vista durante aquella cruenta contienda. Así camuflada, ordenó a sus potros que descendieran todo lo posible, hasta situarse apenas algunos codos por encima de los combatientes. Desesperada, Eos comenzó a recorrer el campo de batalla de un lado a otro, intentando vislumbrar en el interior de aquel caos de metal, carne y sangre en constante movimiento, el yelmo y la coraza de Memnón, que conocía tan bien.

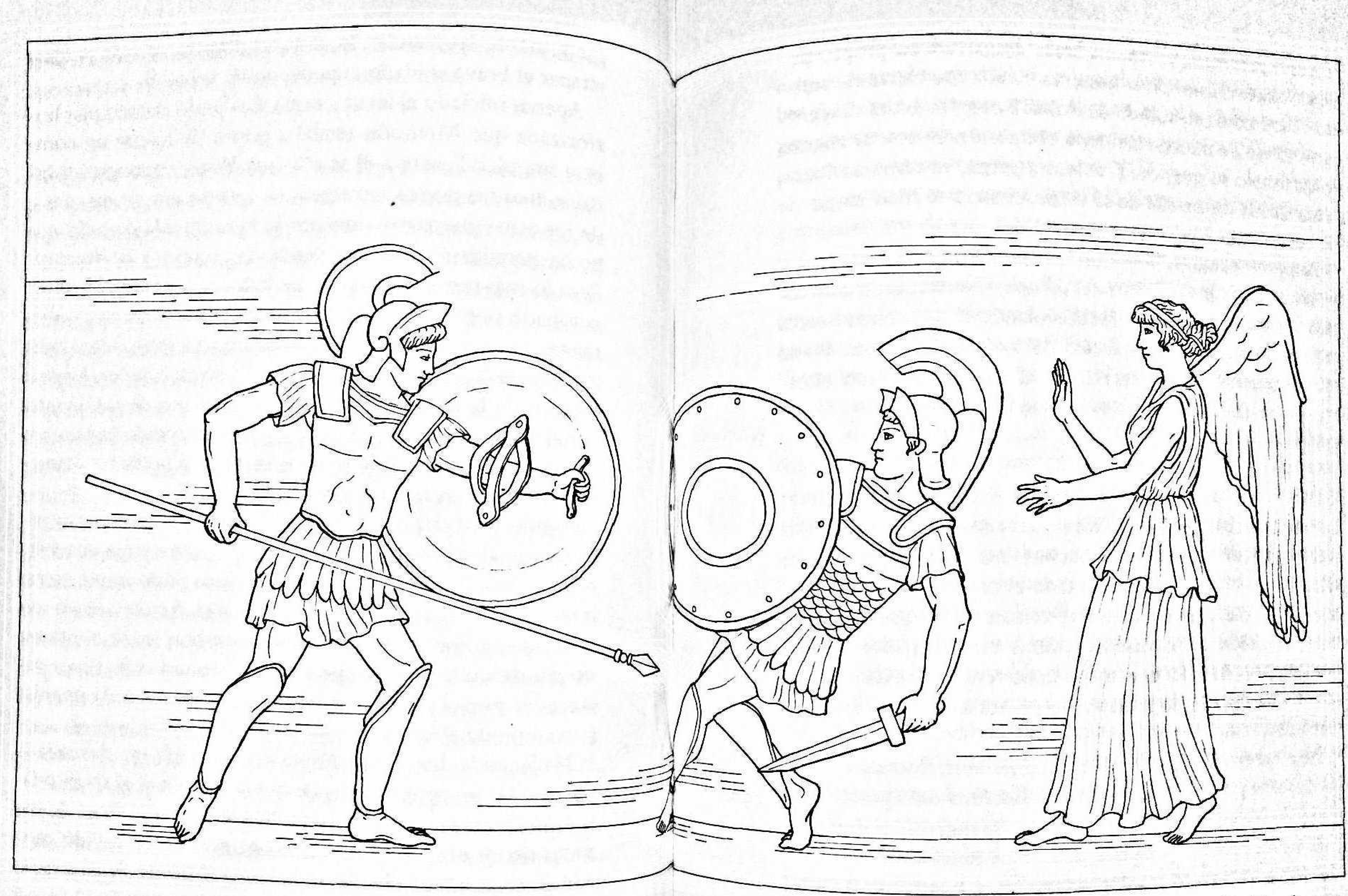
Sofocó un grito cuando los distinguió a apenas unos cientos de metros frente a ella. Arreó a los corceles. Lampo y Faetonte parecieron comprender la urgencia de la situación y pusieron todo su tesón y afán en aquella desesperada carrera. La titánide arqueó todo su cuerpo y, aun aferrando

fuertemente las riendas, lo dispuso de manera que pudiera atrapar al bravo soldado cuando pasara sobre él.

Apenas iniciado el feroz galope, Eos pudo contemplar horrorizada que Memnón estaba a punto de iniciar un combate singular. Frente a él se encontraba un enemigo formidable, mas no por su envergadura, que no era mayor que la de los otros guerreros, sino por la fiera mirada de odio que podía percibirse incluso a través del yelmo y la distancia. Pero lo más terrible era que Eos había reconocido el yelmo coronado por un crestón de oro que portaba aquel combatiente. El yelmo, forjado por el propio Hefesto, solo podía pertenecer a Aquiles, el de los pies ligeros; Aquiles, hijo de Peleo y de la nereida Tetis; Aquiles, el mejor de los aqueos; Aquiles, aquel que de niño había sido sumergido por entero en la laguna Estigia y, de resultas, su piel no podía ser atravesada por ningún arma conocida.

Aquiles acababa de descender de su carro, pues había reconocido al rey de los etíopes. Ambos guerreros se observaban frente a frente y desde la lejanía Eos pudo intuir cómo intercambiaban algunas breves palabras. Aquiles lanzó un veloz golpe con su venablo que Memnón logró contener no sin dificultad. El etíope entonces se vio obligado a retroceder por el impacto y no pudo evitar dejar su guardia parcialmente abierta.

Nada pudo hacer la titánide. La distancia era demasiada para poder recorrerla antes de que aconteciera el trágico final. Mientras sus caballos avanzaban al galope, la diosa de rosados dedos observó estremecida cómo, con un rápido movimiento, el aqueo clavaba su lanza en el pecho de Memnón y le causaba la muerte al instante.



La titánide observó estremecida cómo Aquiles atacaba a su hijo Memnón.

Eos sintió como si aquella lanza desgarrara su propio pecho. Solo el clamor de la inmensa batalla fue capaz de sofocar el sonido de su aullido de dolor. Eos gritó hasta desgañitarse. Gritó de nuevo cuando la obligación de tomar aliento interrumpió su quejido. Y volvió a gritar, ya entre sollozos, hasta que la clemencia de la inconsciencia se hizo cargo de su cuerpo, que cayó inerte al suelo del carro.

Lampo y Faetonte sintieron que las riendas se aflojaban y ya nadie regía la dirección del galope. Continuaron aún algún tiempo en línea recta, sobrevolando la tremenda batalla a poca distancia de las cabezas de los combatientes. Hasta que decidieron, inquietos, reducir el paso y conducir el carro y a su dueña a una verde y tranquila colina, alejada del estruendo de la guerra.

◇◇◇

La noche había llegado a Troya. Los acontecimientos de la última jornada habían sido muchos, aunque lo que importaba era que Ilión había aguantado el embate de las huestes aqueas un día más. Aquiles, tras vencer a Memnón y arrebatarle la vida, había caído mientras intentaba derribar las puertas de la muralla gracias a una certera flecha de Paris, lo cual había llenado de júbilo y esperanza a los bravos defensores de la ciudad.

Pero no era tiempo de celebraciones aún, sino de funerales. En una gran pira dispuesta en el centro del ágora, el cadáver de Memnón estaba recibiendo sus merecidas exequias. Eos, etérea para los humanos, observaba entre sollozos cómo el cuerpo de su hijo era depositado en el centro de la pira y estaba a punto de ser devorado por las llamas.

La titánide advirtió que no era la única presencia invisible a ojos mortales que asistía a aquel funeral. Su ánimo estaba quebrado y ya no había aliento en ella para alterarse o preguntarse quién podía ser aquel o aquella que honraba la muerte de su primogénito.

—Revélate, seas quien seas. No tengo inconveniente en compartir mi dolor.

La figura de Zeus se hizo visible a su lado. Quizá en otro momento la de rosados dedos y azafranado velo hubiera reaccionado con sorpresa ante la regia aparición, pero en aquella situación, nada era capaz de hacer cesar sus lágrimas. El padre de todos la miró con conmiseración y posó su mano en el hombro de la titánide.

—¡Mis condolencias, augusta Eos! Sé que mis palabras son huecas ante el inconmensurable pesar de una madre que ve morir a su hijo, pero ni siquiera yo, soberano de la tierra y los cielos, te puedo ofrecer más que palabras de pésame.

—Agradezco tus palabras, noble Zeus. —Eos hablaba sin poder apartar la vista de la pira donde ardía el cuerpo sin vida de su primogénito—. ¿Puedo preguntar qué haces aquí?

—Memnón fue un bravo guerrero, pero sobre todo fue un rey justo y honorable. Etiopía lo recordará con cariño. Quería honrar su muerte con mi presencia.

La titánide se volvió para mirar a los ojos del soberano de los dioses. En los ojos de Eos, bañados en lágrimas, traslucía una furia ahogada que parecía no del todo enterrada.

—Si quieres honrar su muerte, noble Zeus, que imperas en las batallas, hazlo. Concédele un honor y que esta noche, durante su funeral, la Hélade entera reciba la noticia de que ha caído un héroe y que el monte Olimpo no olvida sus ha-

zañas. Haz que un prodigio señale su nombre para siempre y evite que caiga en el olvido.

—Eos, debes comprender que no puedo conceder tal don a todos los bravos guerreros que caen en batalla. —La poderosa voz del Crónida zozobraba entre el deber y la compasión que le inspiraba la titánide—. Su muerte será recordada pese a que no haya prodigios en su funeral.

—Si no son suficientes sus hazañas, hazlo como un favor para mí. —La cólera dormida comenzaba a imponerse—. Sé que escasos son los templos dedicados a mí en el mundo, pero soy inmortal como los olímpicos y, junto a mi hermano, delimito con mi luz renovada los territorios de la noche. Quizá solo eso ya merezca una recompensa.

—Eos, lo lamento, pero debo rechazar tu ruego.

—No te pido que me concedas un santuario —continuó la titánide—, ni días de sacrificio, ni altares que el fuego ilumine: solo soy una madre que ha visto perecer a su hijo mientras defendía valerosamente el honor de su familia. Un hijo que ha caído en la flor de la juventud a manos del poderoso Aquiles. Te pido, soberano supremo de los dioses, que le otorgues algún honor que lo consuele de la muerte y calme el corazón de su madre.

—De nuevo, augusta Eos, debo negarme. No siempre…

—Me lo debes —lo interrumpió con insolencia Eos—. Por favorecer a Afrodita, por no advertirme del engaño, por arrebatarme la juventud de Titono.

La réplica de Zeus se ahogó incluso antes de haber surgido de sus labios. El rostro del soberano del Olimpo se endureció al instante. Lleno de contenida cólera, dirigió su atención hacia la pira en la que ardía el cuerpo de Memnón.

—Aunque no sea de mi agrado, debo reconocer la justicia que encierran tus palabras, titánide. Observa. Así nuestra deuda queda saldada.

Las llamas de la pira de Memnón ardían ya a mucha altura mientras, a su alrededor, una multitud de troyanos lloraba al rey etíope. Súbitamente, la pira se hundió y un remolino de humo negro ocupó la plaza negando la luz de las estrellas, como una niebla densa que no deja ver la luz del sol. Cenizas negras se alzaron espesas y se condensaron en una forma que pronto pareció estar dotada de calor y vida. De aquella figura surgieron alas, y pronto quedó claro para todos los que veían aquel maravilloso espectáculo que se trataba de una enorme ave.

El fabuloso pájaro se dividió a su vez en pequeños seres, un millar de aves que comenzaron a volar en círculos alrededor de la pira hasta tres veces. A la cuarta, los pájaros se dispersaron en dos bandadas diferentes para acto seguido comenzar una batalla feroz entre facciones; una batalla a muerte donde la cólera era aplacada con picos curvos y afiladas garras. Una a una, las aves caían sobre la pira fúnebre de Memnón, como ofrendas consagradas a las cenizas del difunto. La multitud reunida había cambiado los llantos y aullidos de dolor por exclamaciones de asombro ante la maravilla que acaecía ante sus ojos.

—Desde ahora, esas aves se llamarán memnónidas, y así será honrada para siempre la memoria de tu primogénito.

—Te lo agradezco, poderoso Zeus, que juntas las nubes.

Eos dejó al soberano del Olimpo contemplando el prodigio. De nuevo, las lágrimas manaban libres por su rostro. Sin dilación, montó en su carro y puso rumbo a Etiopía.

Durante el largo camino, hubo tiempo incluso para que el manantial de lágrimas de la titánide pareciera agotarse. Eos sabía que aquella pena, aquel dolor insondable ya nunca desaparecería. Ninguna madre debería ver morir a su hijo, pensó, ni siquiera una inmortal como ella. Solo podría aplacar aquel dolor en los amores que aún le quedaban: el de su otro hijo, Ematión, y el de aquel que siempre sería el hombre de su vida, Titono, no importaba cuánto envejeciera.

Cuando llegó al palacio etíope, el príncipe troyano la esperaba en la puerta. Solo con observar su rostro, Eos supo que Titono temía lo peor. Ella había pasado medio viaje intentando escoger las palabras adecuadas para comunicarle la trágica nueva, pero en cuanto miró a Titono los ojos comprendió que no existía manera posible de dar aquella noticia. Se dejó caer en sus brazos y rompió en sollozos.

—Ha muerto. Memnón ha muerto.

◇◇◇

Tras la muerte de Memnón, la tristeza se instaló definitivamente en el palacio etíope. Aunque los amantes intentaron encontrar refugio el uno en el otro, la terrible desgracia había mermado sus ganas de vivir y amar. El tiempo, que habitualmente cura todas las heridas, tenía en esta ocasión un efecto perverso. A medida que pasaban los años, el recuerdo de Memnón se atenuaba, pero a la vez, la diferencia entre la eterna juventud de la titánide y el envejecimiento del troyano aumentaba a pasos agigantados.

Tal como había previsto Eos, pronto la edad de Titono se convirtió en un impedimento para que los amantes encontraran solaz en el encuentro de sus cuerpos. No obstante,

el afecto que los unía era tan intenso que pudo sobrevivir también a aquella prueba. Lo que había sido pasión y fuego fue convirtiéndose poco a poco en amistad y alianza de caracteres afines. Titono, sin embargo, advertía el problema y con frecuencia se lo exponía a Eos de la manera más cruda.

—Yo ya no puedo amarte, dulce titánide. Sé que me amas, no me cabe duda alguna de ello. Ve y encuentra a un hombre joven que satisfaga el ardor de tu cuerpo eternamente joven. No te juzgaré. Simplemente estaré aquí esperándote como siempre.

Eos rechazaba las palabras del troyano como si aquello de lo que hablaba Titono no tuviera importancia alguna para ella. Pero era cierto que sentía la necesidad de encontrar afecto físico, ahora que Titono no podía proporcionárselo. Pero justo contra aquella imperiosa querencia, Eos construía su amor. No podía ceder. ¿Cuánto tardaría el amor físico en convertirse en aquel amor ardiente y arrebatador que tan bien conocía? ¿Cuánto tardaría en abandonar a su suerte a Titono, ahora ya tan anciano? ¿Cuánto tardaría en manifestarse de nuevo la maldición de Afrodita a la que había logrado doblegar y transformar en aquel amor puro y noble? No. La titánide se negaba siquiera a considerar aquella posibilidad. No abandonaría a Titono. No cedería a sus impulsos físicos. Su amor por el troyano podría con todo.

Así siguió pasando el tiempo. Titono se hacía cada vez más viejo. Primero, como les sucede a todos los mortales, su pelo se volvió gris como la niebla de las primeras horas y su piel se arrugó como las uvas pasas. Más tarde, su espalda se gibó y necesitó de un recio bastón de madera hasta para las tareas más livianas. El que había sido un alto y fuerte guerrero fue

perdiendo vigor y envergadura hasta convertirse en la mitad de hombre de lo que había sido. Todo empuje e ímpetu abandonó aquel cuerpo una vez gallardo y poderoso.

La titánide siempre estuvo al lado del troyano. Primero como amante, luego como amiga y finalmente como abnegada cuidadora. Pero ningún mortal había vivido tanto como Titono sin tener el don de la eterna juventud; ningún otro cuerpo había envejecido nunca tanto como el suyo. Pasada la segunda centuria, el troyano se había secado como un viejo roble y su cuerpo apenas ocupaba más que el de un niño de corta edad. La vista lo había abandonado por completo, en pocas ocasiones tenía fuerzas para alzarse del lecho e incluso lo fatigaba mantener una breve conversación. El anciano Titono dormía la mayor parte del tiempo mientras Eos sollozaba a su lado incapaz de solucionar el terrible daño que le había causado al permitirse ser traicionada por Afrodita.

A Eos ya solo le quedaba aquello que siempre había tenido y que tanto le había costado valorar. Enclaustrada en el palacio junto a Titono tardes y noches, su única alegría era la triunfal cabalgada al alba, precediendo el carro del alto Helios, cubriendo el mundo de naranjas y ocres, redescubriendo cada día la belleza que ahora le era negada. Pero Eos siguió siendo fiel a Titono y a sí misma. Esta vez no malograría el amor que tanto le había costado conquistar.

◇◇◇

Aquel día, Eos no tuvo premonición alguna, no hubo intuición que le hiciera sospechar que aquella jornada era el final de muchas otras y el inicio de una nueva vida. Llegó a su hogar después de sus obligaciones matutinas, dejó a Lampo y Faetonte en el establo como siempre hacía y entró en el palacio dispuesta a ver cómo se encontraba su amado Titono. Algunos de sus sirvientes etíopes estaban esperándola tras la puerta.

—Noble titánide, Titono se ha encerrado en vuestros aposentos y ha atrancado la puerta. —La sirvienta estaba muy alterada—. Ha hecho lo mismo con las contraventanas. Lo hemos intentado todo, pero nos es imposible entrar. No sé de dónde ha sacado la fuerza, mi señora.

Eos tranquilizó a sus ayudas y se dirigió enérgica hacia el lugar donde descansaba Titono, que también era su propio aposento. La puerta de madera de doble batiente estaba cerrada y, efectivamente, al empujarla, incluso con fuerza, no cedía.

—¡Titono! ¡Amor mío, soy yo! ¡Abre la puerta, por favor!

La puerta no se abrió. Eos esperó inquieta a que Titono se decidiera a hablarle, pero solo pudo escuchar algunos leves sonidos que provenían del otro lado. Parecía como si alguien o algo reptara muy lentamente. Solo podía tratarse de Titono, pero Eos no lo había visto levantarse del lecho en los últimos diez años. La titánide pegó el oído a la puerta y siguió llamando a su amante.

—Eos. —La voz de Titono era un susurro que a duras penas conseguía atravesar la robusta madera de la puerta—. Eos. Te libero de nuestro amor, titánide. Déjame aquí. Márchate. Mantén para siempre esta puerta cerrada. Despide a los sirvientes. No vuelvas nunca.

Las lágrimas se derramaron inadvertidas por las mejillas de Eos. La titánide cayó de rodillas con el rostro apoyado en la puerta que la separaba de su amado troyano. Solo podía pensar en la crueldad de todo aquello, pero no podía acabar así. Aquel magnífico amor no podía terminar con Titono

agonizando para siempre en una cámara cerrada de un palacio olvidado en la lejana Etiopía.

—¡Titono! —La voz de la titánide impostaba una seguridad de la que carecía—. Abre la puerta. O la abriré yo. Y si no lo consigo, reclamaré la ayuda de titanes, dioses u héroes. Pero cederá, Titono, te aseguro que cederá.

—Lo sé, bella titánide Por eso te pido que no lo hagas y te ruego que me abandones. Debes ser libre de este pesar amargo en el que me he convertido. Vuela libre, Eos. Te lo ruego.

Eos intentó contestar, pero las lágrimas ahogaban su voz convirtiendo las palabras en sollozos. Lloraba porque sabía que Titono tenía razón, que cuando el amor se convierte en condena deja de llamarse amor; lloraba por el cruel destino que esperaba al troyano; lloraba por el bello sacrificio que hacía el que sería el amor de su vida con aquel simple acto. Lloraba porque el mundo no era justo y el amor no era para siempre.

—Titono, te lo ruego, abre. Haré lo que me pides. Pero déjame verte una última vez. Déjame que te abrace y te bese como tantas otras veces he hecho.

—No, Eos. Nunca más. Recuérdame como fui y no como este viejo saco de huesos que no es ni pálida sombra del hombre que te amó.

—Titono. —El llanto entrecortaba las palabras de Eos—. Yo tengo la culpa. Yo tengo la culpa de esto que te sucede.

—Nuestro amor ha sido magnífico, titánide. No lo cambiaría por nada. —Eos escuchó los sollozos del príncipe troyano—. Ahora vete.

La titánide acarició la madera de la puerta como si pudiera sentir el cuerpo de su amado al otro lado. Suspiró profundamente y, como el guerrero que se lanza a la batalla sabiendo

su muerte cierta, se alzó y abandonó el palacio. Primero a paso rápido y enérgico, luego en carrera abierta.

Montó en su carro, arreó a los fieles potros y pronto se deslizaba por el azul firmamento bajo la mirada compasiva que arrojaba el astro solar. Respetaría la voluntad de Titono y no regresaría a Etiopía. No volvería a verlo nunca más. Solo ese pensamiento despertaba de nuevo las lágrimas de la titánide. Había perdido todo el amor que había llegado a atesorar, el de sus amantes, el de sus hijos, el de Titono. Solo le quedaba el inacabable firmamento y las luces de la alborada. No había maldición más cruel que la de Afrodita.

◇◇

El mundo entero la observaba; a ella, a la de rosados dedos y áureos cabellos; a ella, el heraldo, la luz que precedía a la luz; a la de túnica azafranada y etéreos velos. A su alrededor se desplegaba el amanecer siempre renovado del mundo: rosados y malvas, perseguidos por iridiscentes bermejos y caprichosos ocres; fuegos sutiles y después fieros; luces que se mostraban resplandecientes e instantes después se ocultaban con timidez.

El mundo entero observaba las lágrimas de Eos. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y agotaban el trayecto de su rostro y caían de su cuerpo al carro y del carro al cielo, que las multiplicaba antes de que cayeran sobre el suelo. Las lágrimas de la aurora que humedecían plantas y caminos, que levemente tocaban el alba del mundo con gotas que se adherían a la esencia de la mañana.

Todos sabían por qué lloraba la diosa. Lloraba porque recordaba. Recordaba a Astreo, a Orión y a tantos otros aman-

tes. Pero, sobre todo, recordaba a Titono, el dulce príncipe troyano, y a Memnón y a Ematión, los hijos que con él había tenido. El recuerdo de esos amores perdidos humedecía los amaneceres del mundo.

Pero finalmente el manantial de tristeza acababa por agotarse. Las lágrimas volverían a brotar al día siguiente, como cada amanecer, pero en aquel momento la titánide había extenuado su llanto. Miraba al frente, hierática, adusta, orgullosa.

Tras infinitos amaneceres, tras inacabables pesares y amores fracasados, Eos sabía al fin que nunca podría huir de la maldición de Afrodita. Su condena fue establecida al inicio de los tiempos por haberse enfrentado a la soberbia hija de Zeus. Nada podía hacerse ya. El fuego del amor no se consumiría nunca en el pecho de Eos. Estaba condenada a amar con desesperación y anhelo, a amar y disfrutar los cuerpos bellos y las dulces caricias para luego sufrir la agonía de la pérdida. Era la maldición de Afrodita. Nada podía hacerse.

Sin embargo, la titánide aferraba con fuerza las riendas del carro del alba y dirigía el rumbo de Lampo y Faetonte, sus albóreos potros. Junto a ellos, precedía a Helios y recorría toda la Hélade, siempre al amanecer. Ella era la primera en descubrir cada mañana un mundo nuevo, virgen, de inacabable belleza.

En el horizonte, Eos divisó un acantilado. Al aproximarse, descubrió en él a un apuesto joven. Su cabello rubio caía desordenado sobre su rostro, ocultando parcialmente sus bellos ojos azules. Era alto, de torso poderoso y fuertes brazos. Parecía ir pertrechado para un largo viaje. Eos sintió la punzada del amor en el pecho. Ya sabía que no podía negarse a aquella llamada. Con serenidad dirigió el carro hacia el acantilado.

El joven no podía apartar la mirada de aquella aparición celestial. La bella diosa, con sus áureos cabellos y sus livianos velos, se acercó a él tras descender del dorado carro.

—Saludos, joven viajero. —La titánide sonrió con dulzura inagotable—. Soy Eos, hija de Hiperión y Tea.

—Yo soy Clito. —La turbación del muchacho era evidente—. Clito de Argos, hijo de Mantio, nieto de Melampo. Es un honor conocerte, titánide. Solo soy un simple mortal que...

—Eres el hombre más bello que he conocido en mucho tiempo, Clito de Argos —interrumpió Eos.

El muchacho, azorado, no supo qué contestar y bajó la mirada, ruborizado. Jamás en su vida había soñado con entablar conversación con una eterna, y menos con una tan bella como la que tenía frente a él. La titánide lo contempló con descaro y tomó su mano. Con suavidad, tiró de ella conduciendo al joven hasta su carro.

—¿Dónde...? ¿Adónde me llevas?

—A mi palacio. Un lugar íntimo, amparado de miradas indiscretas donde podremos amarnos tanto como queramos y el tiempo que deseemos.

Mientras hablaban, el carro de Eos se alzó y comenzó a deslizarse silencioso entre las blancas nubes de la Hélade. El joven argivo, incapaz de comprender qué estaba sucediendo, miró a la titánide como si estuviera inmerso en un sueño.

—Pero... ¿puedo negarme?

—Nadie puede negarse a los dones de Afrodita, noble Clito, nadie.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Gracias a la maldición que sobre ella lanzó Afrodita, Eos es algo más que una poética alegoría del nacimiento del día: es la figura que encarna los sinsabores de un estado de perpetuo enamoramiento, al igual que su amante Titono representa la tragedia de envejecer eternamente.

Aunque con remarcables excepciones, las generaciones divinas de la mitología griega reflejan una evolución desde la personificación de elementos y fenómenos de la naturaleza hasta la de valores, instituciones y sentimientos característicos de los seres humanos. Así, aunque Zeus, el señor de la última de esas generaciones, la de los olímpicos, gobierna sobre el cielo, el trueno y el rayo, Hera es la diosa del matrimonio, Atenea, la de la justicia y la sabiduría, Hermes, el del comercio... En cambio, cuanto más antiguas son las deidades, más enraizadas están en el mundo natural y el cosmos: Gea, la Tierra, es la diosa primordial surgida del Caos, que se unió a su hijo Urano, el Cielo, para concebir a los titanes, entre ellos al que sería el padre de Zeus, Crono. Otro es Hiperión, cuyo nombre parlante significa «el que camina en las alturas», en referencia a una cierta vinculación astronómica de su figura. Esta se hace más evidente en los hijos que tuvo con la también titánide Tea, la deidad de un sentido tan estrechamente relacionado con la luz como es la vista: la luna, Selene; el

sol, Helio, y la aurora, Eos. Esta última actúa de nexo de unión entre sus hermanos, pues cada día deja su palacio en Oriente sobre un carro tirado por los caballos Lampo y Faetonte para dirigirse al Olimpo a anunciar la aparición del astro rey. Es la encargada, pues, de llevar la primera luz a mortales e inmortales. La imagen, qué duda cabe, es poética, y más si viene servida por poetas como Homero (siglo VIII a.C.), quien en la *Ilíada* llama a Eos «la de azafranado velo» y en la *Odisea*, «luminosa», «la de trono de oro» y «la de dedos de rosa».

Pero la vinculación de Eos con el cielo no acaba ahí. Como esposa de otro titán, Astreo, personificación del viento del amanecer, dio a luz a los vientos Céfiro, Bóreas y Noto, así como a Eósforo (la estrella de la mañana) y los astros. Mas una cosa está clara: si solo fuera por este papel en la organización celeste, Eos no sería sino un nombre más en el rico universo mítico griego o, como mucho, una poética alegoría del amanecer. Si no es así se debe a su condición de diosa condenada a vivir permanentemente enamorada, un estado que en ella se vuelve una maldición por el sufrimiento que conlleva el ver cómo la persona amada se pierde. El amor, que tanto contribuye a alegrar y dulcificar la vida de mortales e inmortales, se convierte así en el más despiadado de los castigos.

LOS AMORES DE LA DIOSA DE LA AURORA

La juventud y la belleza son la condición que comparten los amantes de Eos. De ellos, el único que presenta un linaje divino es el gigante Orión, al que las genealogías más antiguas hacen hijo del dios de los mares, Poseidón, aunque también de un vástago de este, Hirieo, cuando no se dice que surgió directamente de la tierra, como en la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro (siglo II a.C.). La dispari-

dad se extiende también a sus hechos y, sobre todo, a su muerte. Como se apunta en esa obra, Orión «murió, según algunos, por haber retado a Ártemis a lanzar el disco, pero según otros cayó abatido por las flechas de Ártemis por haber violentado a Opis, una de las vírgenes venidas de los hiperbóreos». El mitógrafo romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.) recoge en su *Astronomía* otras posibilidades: que Ártemis lo mató de un flechazo engañada por su hermano Apolo, o que Orión murió después de jactarse de ser capaz de matar cualquier animal, lo que llevó a una indignada Tierra a hacer surgir un escorpión. Otra de las más extendidas es la que refiere el astrónomo Eratóstenes (276-194 a.C.): Orión quiso forzar a Ártemis, quien llamó en su ayuda al escorpión que acabó con la vida del gigante.

Mas de todos los amantes de Eos, el que presenta un destino más inquietante y perturbador es Titono, nombre de origen anatolio que, a partir de *tito*, «día», y *onë*, «reina», puede interpretarse en el sentido de «compañero de la reina del día». Este Titono es el humano convertido en inmortal, pero condenado a envejecer eternamente al carecer del don de la eterna juventud que la diosa olvidó solicitar para él. La inmortalidad se convierte de este modo en una maldición, que lleva a quien la sufre a volverse un ser débil, desvalido e inerme como un recién nacido y, como tal, limitado a proferir un constante balbuceo en una canastilla. No es extraño, pues, que su nombre pasara al habla habitual de los griegos, para quienes la coletilla «una vejez de Titono» venía a equivaler a nuestro «más viejo que Matusalén».

En este caso, también las genealogías difieren, pues si bien la más habitual es la que hace de Titono el hijo mayor del rey troyano Laomedonte y, por tanto, hermano del legendario Príamo contra el que combatirían los héroes de la *Ilíada*, otra aberrante aportada por Apolodoro afirma que en realidad fue hijo de la propia Eos y de Céfalo, este último otro de los amantes de la diosa, un joven

cazador enamorado no tanto de ella como de su esposa Procris. Más consenso hay en la descendencia de la pareja: Ematión, que sería muerto por Hércules, y Memnón, que correría idéntica suerte a manos de Aquiles cuando acudió a ayudar a su tío Príamo a Troya.

EL DEVASTADOR PASO DEL TIEMPO

Excepción hecha de los tratados mitográficos, la literatura griega que trata de los amores de Eos es dispersa. Así, el nacimiento de la titánide es tratado en la *Teogonía* de Hesíodo (siglo VIII a.C.), pero de forma muy escueta: «Tea dio a luz al alto Helio, la brillante Selene, y Eos, que alumbra a todos los seres de la tierra y los inmortales dioses que habitan el vasto cielo, entregada al amor de Hiperión». Tampoco las referencias de la *Ilíada* y la *Odisea* homéricas son mucho más extensas, aunque en ambas epopeyas se aluda a sus amores con Orión y Titono. El de este último se halla desarrollado en el *Himno homérico a Afrodita*, compuesto hacia el 675 a.C. En estos versos, Eos «de doradas flores» rapta al hijo de Laomedonte y pide a Zeus que le dé la inmortalidad: «Insensata –dice el anónimo poeta–, en su pecho no cayó en la cuenta la augusta Aurora de pedir la juventud y que le despojaran de la vejez funesta [...]. Pero una vez que los primeros cabellos grises aparecieron en su hermosa cabeza y su noble mentón, ya del lecho se apartaba la augusta Aurora [...]. Y una vez que por completo la odiosa vejez lo abrumó y mover ya no podía ninguno de sus miembros ni alzarlos, esta fue la decisión que en su ánimo mejor le pareció: en el dormitorio lo abandonó y las puertas resplandecientes cerró». Titono le sirvió también a Safo de Lesbos (siglo VII a.C.) para evocar el devastador paso del tiempo: «De negros han pasado a ser blancos mis cabellos, las rodillas no me llevan, como las de los cervatos. Mas ¿qué puedo hacer yo?», canta la poetisa.

Los colosos de Memnón

Dónde estaba ubicada la patria de Memnón era algo en lo que discrepaban los antiguos. Todos coincidían en que era rey de Etiopía, el «país del sol» al que Eos había llevado a Titono, mas las dudas surgían cuando de lo que se trataba era de localizar esa región. Algunos lo hacían en Siria, y otros más al este, en Susa y Bactriana, también en Egipto, atribución que empezó a ganar peso a raíz de la identificación de un viejo monumento tebano como propio del hijo de la diosa de la aurora: se trata de las dos estatuas sedentes conocidas como «colosos de Memnón». En realidad, ambas representan al faraón Amenhotep III (siglo XIV a.C.), cuyo templo funerario guardaban. La atribución a Memnón parece que fue una aportación de los viajeros griegos que llegaron hasta este lugar en época helenística y que probablemente tomaron el término egipcio *mennu* («monumento») por el nombre del héroe. De lo que no cabe duda es de que la celebridad de las estatuas creció a raíz de un terremoto acontecido en el año 27 a.C. Desde entonces, el coloso situado al norte empezó a acompañar el nacimiento del día con una especie de «canto», como si honrara a su madre Eos. Era un canto que, según el geógrafo Pausanias (siglo II d.C.), podía «compararse a una cítara o a una lira cuando se le ha roto una cuerda». En realidad, se trataba de un fenómeno acústico producido por una fisura que crujía una vez se evaporaba la humedad acumulada durante la noche. Una restauración llevada a cabo por el emperador romano Septimio Severo a principios del siglo III d.C. acalló para siempre al coloso.

Más relieve tuvo en la literatura griega el personaje de Memnón, si bien la epopeya por él protagonizada, la *Etiópida*, atribuida a un tal Arctino de Mileto (siglo VIII a. C.), se ha perdido. Según el resumen de la misma realizado por el filósofo bizantino Proclo (412-485), en ella se narraba la llegada del hijo de Eos y Titono a Troya y su muerte a manos de Aquiles, tras lo cual la Aurora suplica a Zeus que le conceda la inmortalidad. Ecos de ese poema épico resuenan en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna (siglo III d. C.), epopeya que enlaza el final de la *Ilíada* con el principio de la *Odisea*. «Grande era el regocijo en las entrañas de Memnón al precipitarse sin pausa sobre las filas de los enemigos y, a su alrededor, iba apiñándose de cadáveres el suelo troyano», canta el poeta sobre el ardor del etíope en la lucha hasta que Aquiles «le clavó en la base del pecho la negra espada». La tierra entera se ensombreció entonces por el lamento de Eos: «Te me has muerto, querido niño, y a tu madre le has causado una pena cruel [...]. Que Tetis se dirija al Olimpo desde el mar, para iluminar a dioses y hombres. A mí, por mi parte, después del cielo, lo que me complace es la sombra desoladora, no le vaya yo a dar luz al que te mató, alrededor de tu tumba».

En Roma, la muerte de Memnón fue tratada también por el poeta Ovidio (43 a. C.-17 d. C.) en su poema *Metamorfosis*, o mejor dicho, la reacción de su madre, entregada a tal dolor que «aún hoy derrama maternales lágrimas y destila su rocío en el orbe entero». En un tono más ligero, en su libro *Amores* el mismo poeta se queja de la Aurora porque su llegada le obliga a separarse de su amada: «Ya llega por encima del océano, separándose de su anciano marido [Titono], la rubia diosa que trae el día en su carro cubierto de escarcha. ¿Adónde vas tan deprisa, Aurora?». Y añade, haciéndose eco de los amores de la diosa: «Me gustaría que Titono pudiera hablar de ti: ninguna mujer habría en el cielo más avergonzada

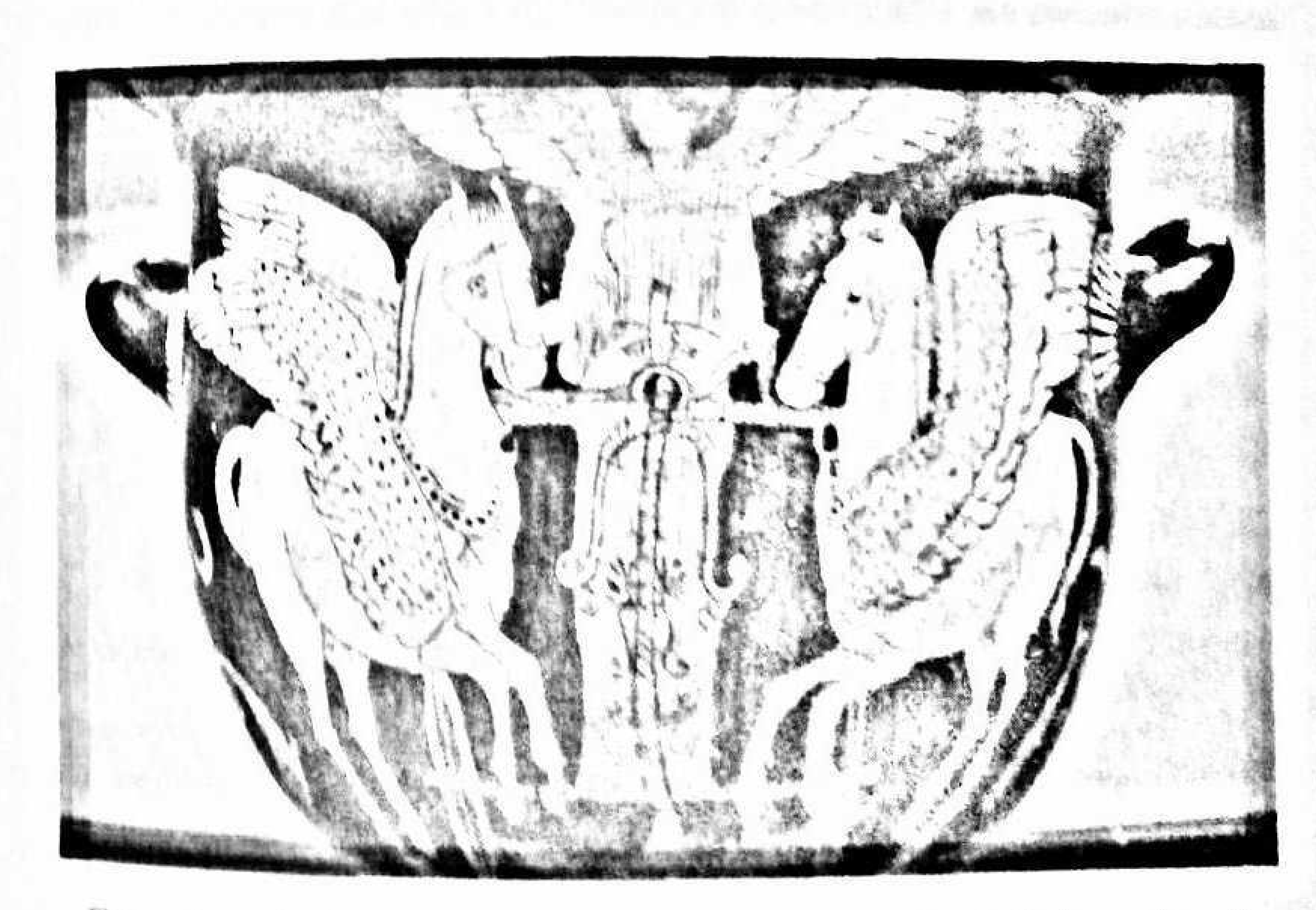
que tú. Huyendo de él porque es ya viejo y de edad avanzada, subes al amanecer al carro que el anciano odia; pero si tuvieras, rodeándote con tus brazos, a algún Céfalo, exclamarías: "¡Corred más despacio, caballos de la noche!"».

En época moderna, los poetas se han sentido atraídos sobre todo por la figura del cazador Céfalo, también tratado por Ovidio en *Metamorfosis* en unos versos que se convirtieron en todo un modelo, no solo para los escritores posteriores, sino también para artistas y músicos. La razón no era otra que la relación triangular entre ese joven, su esposa Procris y Eos, a la que dará muerte accidentalmente durante una partida de caza. Aun así, cabe destacar el poema dramático *Titono*, del inglés Alfred Tennyson (1809-1892), en el que el protagonista se duele de ese envejecer eternamente: «A nadie sino a mí consume esta cruel inmortalidad: me marchito en tus brazos lentamente, aquí en el tenue límite del mundo, encanecida sombra que cruza como un sueño los espacios de Oriente con su eterno silencio, vagando entre la bruma y las salas fulgentes de la aurora», se lamenta el protagonista. Titono recuerda entonces cómo le pidió a la diosa que le permitiera vencer a la muerte: «"Haz que sea inmortal", te supliqué. Y al instante cumpliste mi deseo, risueña en la riqueza que no mide sus dádivas. Pero tus fuertes Horas, cumpliendo su designio, me cubrieron de golpes y me desfiguraron, agotando mis fuerzas, y, si bien no lograron rematarme, ahora vivo tullido en tu presencia, eterna juventud, yo, vejez inmortal, con tu inmortal frescura, y todo lo que fui vuelto ceniza». Por ello, suplica ahora volver a ser lo que fue, mortal: «Libérame, y devuélveme a la tierra; tú, que todo lo ves, verás también mi tumba: tu hermosura renovarás cada mañana; tierra en la tierra, no guardaré recuerdo de estas salas vacías ni de ti regresando en tus ruedas de plata».

EL TRIUNFO DE LA AURORA

El interés de los artistas plásticos por Eos no ha sido menor que el de los poetas. Ya en la Antigüedad, la diosa aparece junto a otras divinidades de la luz como Helios o Selene en los espectaculares relieves de la Gigantomaquia que decoraban el Altar de Pérgamo, del siglo II a.C. La cerámica griega pintada la muestra saliendo con su carro a anunciar el día, como lo hace en una crátera de figuras rojas de la segunda mitad del siglo V a.C. hallada en el sur de Italia, pero también raptando a sus jóvenes amores. Un enócoe o jarra de vino de figuras rojas de mediados del siglo V a.C. y atribuido al llamado Pintor de Aquiles la representa alada y persiguiendo a Titono, mientras que un lécito de figuras rojas y de la misma época la muestra elevándose por los aires con Céfalo en sus brazos. Otro motivo tratado en este soporte es el del lamento por la muerte de Memnón. Un ejemplo de él se encuentra en un ánfora de principios del siglo VI a.C., donde Eos llora a su hijo ya colocado en la pira para ser incinerado. El paisaje boscoso, con un árbol del que cuelgan las armas del héroe caído, contribuye a dar una ambientación pintoresca a este trabajo. En el tondo de una copa ática de figuras rojas del 490 a.C. lo que se ve es a una Eos alada portando consigo el cuerpo sin vida de su hijo. La lucha entre Memnón y Aquiles aparece representada en un relieve de un pequeño altar procedente de la colonia griega de Locri (Italia), tallado en el siglo VI a.C. Flanqueando a ambos héroes se aprecian las figuras de sus madres, Eos y Tetis respectivamente.

A partir del Renacimiento, el motivo del triunfo de Eos o Aurora se convirtió en uno de los predilectos a la hora de decorar al fresco villas y palacios. Un espléndido ejemplo es la *Aurora* que Guido Reni (1575-1642) pintó para el Casino romano del Palazzo Pallavicini Rospigliosi, donde se ve a la diosa abriendo paso al carro solar de Apolo. Otro se encuentra en el Casino di Villa Boncompagni Ludovisi, asimismo en Roma, donde Guercino (1591-1666) pintó a Eos en su propio carro. Esta aparece también en lienzos de Annibale Carracci (1560-1609), François Boucher (1703-1770) y Jean-Honoré Fragonard (1732-1806), o de la prerrafaelita Evelyn de Morgan (1855-1919) y del academicista William-Adolphe Bouguereau (1825-1905), mientras que en escultura fue tratada por Miguel Ángel (1475-1564) en una de las figuras que decoran el interior de la basílica de San Lorenzo de Florencia. Otros artistas prefirieron retratarla al lado



Esta crátera de figuras rojas datada hacia 430-420 a.C. y hallada en el sur de Italia muestra a Eos como anunciadora del día sobre su carro tirado por los caballos alados Lampo y Faetonte. Las figuras de un delfín (a la izquierda) y de un pez (a la derecha) sugieren que sobrevuela el mar. La pieza se conserva en el Staatliche Antikensammlungen de Múnich.

de sus amantes, principalmente de Céfalo. El italiano Francesco Solimena (1657-1747), no obstante, la representó en todo su esplendor en compañía de un decrépito Titono ya prostrado en el lecho.

FIESTA PARA UNA EMPERATRIZ

En el arte musical, los amores de Eos conforman la materia de algunas óperas antiguas, como *La Aurora engañada*, de Girolamo Giacobbi (1567-1629) o *Los amores de Dafne*, de Francesco Cavalli (1602-1676), una de cuyas acciones secundarias tiene como protagonistas a la diosa y Titono. En 1710, el veneciano Tomaso Albinoni (1671-1751) dio a conocer *El nacimiento de la Aurora*, una fiesta pastoral cuyo argumento prácticamente no es sino una excusa para engarzar una serie de agradables arias cantadas por personajes como Apolo, Flora o Céfiro, todo ello a mayor gloria de la Aurora, es decir, la emperatriz Isabel Cristina de Brunswick, la esposa del emperador Carlos VI, para la cual se escribió la obra. Su coro final, «¡Viva la Aurora!», no deja lugar a dudas de la intención celebrativa de la partitura.

Mayor interés teatral tiene *Titono y la Aurora*, del francés Jean-Joseph de Mondonville (1711-1772), una ópera escrita y estrenada durante la llamada «querella de los bufones», que, entre 1752 y 1754, enfrentó en París a los partidarios del teatro lírico galo y los del italiano. La obra es todo un manifiesto de la música francesa, con abundantes números de danza y un amplio despliegue orquestal y coral. El episodio de los amores entre la diosa y el infortunado hijo de Laomedonte es tratado con la libertad habitual en estos casos. Así, la trama sentimental se complica con la intrusión del viento Eolo, enamorado de Eos, y de la diosa Pales, que lo está de Titono. El final, sin embargo, y gracias a la intervención de Eros, es feliz.





Arriba, La Aurora, *fresco de Guido Reni (1575-1642) para el Palazzo Pallavicini Rospigliosi de Roma. Concebida como un relieve monumental, la escena acierta a plasmar el nacimiento del día que anuncia Eos abriéndose paso entre las tinieblas de la noche, seguida por el carro de Apolo y las figuras de las horas. Abajo,* Aurora y Titono *(J. Paul Getty Museum de Los Ángeles), de Solimena, obra que con todo el abigarramiento del estilo barroco tardío contrapone las figuras de los dos amantes.*

Índice